

No faltaron entretanto en España hombres doctos y verdaderamente pios que clamaron en todo tiempo contra las donaciones escesivas hechas al clero, y contra la multiplicacion de casas religiosas. Las Córtes hicieron tambien en diversas épocas peticiones sobre la materia. Las de Valladolid del año 1618, decian: « que si « no se ponía coto á ese género de adquisiciones, *en breve tiempo seria todo del estado « eclesiástico secular y regular.* » En el mismo sentido hablaron los escritores de mas nota de aquel tiempo y de los posteriores, como fueron los Sanchos de Moncada, los Martinez de Mata, los Navarretes y otros. Lo propio ejecutaron las corporaciones científicas; y la Universidad de Toledo, hablando en 1618 á la junta formada por el duque de Lerma para examinar los medios de reformar la nacion, le decia: « Hoy se ve que no habiendo la mitad de gente que solia, hay do- « blados religiosos, clérigos y estudiantes, porque ya no hallan otro modo de vivir. » Parecido era igualmente el dictámen del Consejo en su famosa consulta del año 1619, en la cual, entre los varios recursos que proponia para aliviar los males de la monarquía, era uno: « que se tuviese la mano en dar licencias para muchas « fundaciones de religiones y monasterios..... pues aunque para los regulares era « aquel camino el mejor y mas seguro y de mayor perfeccion, para el público ve- « nia á ser muy dañoso y perjudicial. » Las demas córtes celebradas en el mismo siglo representaron todas vigorosamente en igual sentido, señalándose las convocadas en Madrid el año 1626 por Felipe IV, las cuales decian en términos categóricos: « Que se tratase con mas veras de poner limite á los bienes que se saca- « ban cada día del brazo seglar al eclesiástico... Que las religiones eran muchas, los « mendicantes en esceso, y el clero en grande multitud. Que habia en España 9,088 « monasterios, aun no contando los de monjas. Que iban metiendo poco á poco con « dotaciones, cofradías, capellanías, ó con compras, á todo el reino en su poder. « Que se atajase tanto mal. Que hubiese número en los frailes, moderacion en los « conventos, y aun en los clérigos y seglares. Que siendo menos vivirian mas venerados « y sobrados, y no habria nadie que juzgase por impio y duro aquel remedio del « cual mirase resultar mayor defensa y reverencia de nuestra patria y religion. » Y si así se espresaban nuestros antepasados en medio de la supersticion que el santo Oficio y la interesada política de nuestros monarcas habian esparcido en todo el reino, ¿con qué razon se podrá acriminar á las córtes reunidas en Cádiz, alumbradas con las luces del siglo XIX, porque quisieran aplicar el remedio que tantos años antes habian demandado sus predecesoras?

Es verdad que las vicisitudes de los tiempos habian disminuido el mal, pero aun conservaba este bastante vigor para aniquilar al país, dado que á principio del siglo actual se contaban todavía en España 2,051 casas de religiosos y 1,075 de religiosas, ascendiendo el número de individuos de ambos sexos, incluso legos, donados, criados y dependientes, á 92,727. Era ahora, pues, la ocasion mas oportuna, sino de extinguir, al menos de promover la reforma que á la vez reclamaban la religion y el Estado, pues con la invasion francesa y las providencias de Napoleon y de su hermano José, de los cuales habia el primero suprimido parte de los conventos y el segundo la totalidad, los mas de aquellos establecimientos habian desaparecido, subsistiendo solamente en los pocos puntos que se mantenian libres, ó en donde la ocupacion no habia sido duradera. Esta ventajosa circunstancia ofrecia al gobierno legitimo la oportunidad de adoptar medidas para impedir la repoblacion de las casas religiosas, mayormente hallándose muchas de ellas destruidas y destinadas otras á objetos de pública utilidad.

Asi pensaban las Córtes hacerlo, y por eso con bastante prevision y pulso, al dar en 17 de junio de 1812 un decreto sobre confiscos y secuestros, dispusieron en el artículo 7.º: « que tendria lugar el secuestro y la aplicacion de frutos á beneficio del « Estado cuando los bienes, de cualquiera clase que fuesen, pertenecieran á estable- « cimientos públicos, cuerpos seculares, eclesiásticos ó religiosos de ambos sexos, « disueltos, estinguidos ó reformados por resulta de la invasion enemiga, ó por pro- « videncias del gobierno intruso, entendiéndose lo dicho con calidad de reintegrarlos

« en la posesion de las fincas y capitales que se les ocupasen, siempre que llegára el caso de su restablecimiento, y con calidad de señalar sobre el producto de sus rentas los alimentos precisos á aquellos individuos de dichas corporaciones que debiendo ser mantenidos por las mismas se hubiesen refugiado á las provincias libres, profesasen en ellas su instituto y careciesen de otros medios de subsistencia.» Con la exacta y puntual ejecucion de este decreto se hubiera ido planteando insensiblemente la reforma, cuyo último resultado habria sido la deseada estincion de los regulares por medios suaves y exentos de alarma. Tocaba, empero, á la Regencia el cabal desempeño de este cuidado; y en vez de cumplirlo como lo exigia su deber, trabajó para hacerlo ilusorio, pues aunque al principio dió señales de atacarlo, mandando á los intendentes en una instruccion que circuló en agosto, cerrasen los conventos y tomasen oportunas medidas para estorbar el deterioro de los edificios y sus enseres, que debian quedar á disposicion del gobierno, no continuó despues en tan laudable propósito, dejándose llevar del clamor de muchos religiosos y de su propia inclinacion, especialmente despues que el conde del Abisbal cedió el puesto á D. Juan Perez Villamil, enemigo declarado de toda reforma, y sostenedor constante de antiguos abusos.

Antes de entrar el D. Juan en la Regencia, dudosa ya esta sobre lo que convenia determinar, habia acudido á las córtés, pidiendo que manifestasen sus intenciones en asunto de tanto interes. La comision de hacienda opinó se llevase adelante lo prevenido en el artículo 7.º del citado decreto sobre confiscos y secuestros, y lo que la misma Regencia habia mandado á los intendentes en la instruccion de agosto, encargando ademas á esta que propusiese « todo lo que conceptuase conveniente á la utilidad pública y al verdadero interés de los regulares.» Este jucioso dictámen, que marcaba perfectamente la senda de una reforma segura aunque lenta, fué entorpecido por los subterfugios de algunos diputados patrocinadores de los religiosos, y asi, suspendida su discusion desde el 18 de setiembre del citado año de 1812, no se volvió á tratar de él hasta el 30 del propio mes, en cuyo dia pasó á las córtés el ministro de Gracia y Justicia una memoria acerca de la materia, acompañada de una instruccion compuesta de 19 artículos, dirigida á un nuevo arreglo y disminucion de las comunidades religiosas. Con esto pasó todo el espediente á tres comisiones reunidas, nuevo ardido de los enemigos de la reforma para dilatar el asunto con el entorpecimiento que debia producir la diversidad de pareceres entre tantos informantes, y dar asi tiempo á la Regencia para que por si y á las calladas fuera permitiendo á muchos regulares volver á ocupar sus conventos, so pretexto de ser necesarios en los pueblos, faltos los fieles de auxilios espirituales. Asi sucedió: mientras asunto de tanta importancia estaba pendiente en las córtés, cuya circunstancia era bastante para detener al gobierno en sus providencias, y principalmente desde que se traslució que las comisiones reunidas se inclinaban á una reforma bastante lata, empezó la Regencia á permitir el restablecimiento de varios conventos y á fomentar sigilosamente la pronta ocupacion de otros; siendo de notar que se circulasen estas disposiciones por conducto del ministerio de Hacienda, diverso de aquel en que habia radicado el espediente, esto es, el de Gracia y Justicia, único á quien correspondia el negocio. Esta especie de dolo, impropio de la buena armonía que debe reinar entre los poderes supremos del Estado, escitó el justo enojo de las córtés, ocasionando reñidos debates.

Presentóse en el congreso D. Cristóbal de Góngora, entonces ministro interino de Hacienda, procurando en la sesion del 4 de febrero de 1813 disculpar las disposiciones de la Regencia; pero lo hizo con tan mala maña, que sus razones no fueron poderosas sino para empeorar la cuestion é irritar mas los ánimos. Las comisiones encargadas de informar acerca del espediente general, deseando meditarlo con atencion para dar un razonado dictámen, no pudieron evacuarlo hasta enero. En él proponian una reforma equitativa y bastante completa del clero regular, sin que ni aun esto fuera bastante para contener á la Regencia en su propósito de continuar dando licencias para abrir varias casas religiosas, no perdiendo tampoco

tiempo los interesados en solicitarlo así, sabedores del golpe que los amagaba y alentados con la decidida proteccion del gobierno. El haber mandado este se espidiesen las órdenes por la secretaria de Hacienda, no tanto pendia de que estuviesen aquellos establecimientos á la disposicion del mencionado ramo en calidad de bienes nacionales, como de ser su gefe de los aficionados á la repoblacion de los conventos, á cuya impolítica medida era contrario el ministro de Gracia y Justicia D. Antonio Cano Manuel, el cual trabajaba de buena fé para secundar las intenciones de las Córtes, despreciando así honradamente las ventajas que pudiera ofrecerle la continuacion de unas corporaciones muchas de ellas poderosas, y que todas corrian bajo su dependencia.

Entre los débiles argumentos que en apoyo de las órdenes del gobierno presentó el D. Cristóbal de Góngora en la citada sesion del 4 de febrero, insistió mucho en el de que la Regencia se habia visto obligada á obrar así por el espectáculo lastimoso que se presentaba en los pueblos de andar los religiosos á bandadas sin encontrar asilo donde recogerse. Esta pretendida razon aparecia tan infundada como todas las demas alegadas por el ministro, porque si en realidad era tan apurada y triste la suerte de los esclaustrados, ¿por qué el gobierno no los auxiliaba con las rentas de los mismos conventos, como tenian dispuesto las córtes? ¿No era esto preferible á darles la posesion de las casas y de los bienes, cuando se estaba tratando de una reforma tan urgente y necesaria? Además, ¿se habia probado acaso no ser un ardid de los mismos esclaustrados la miseria que preconizaban? ¿No habian permanecido del mismo modo durante toda la dominacion francesa? Y en todo aquel tiempo, ¿osaron presentarse con el hábito religioso, ni en grupos ni solos, para pedir limosna públicamente y conmovier de ese modo á las gentes sencillas? ¿Y por qué no lo hicieron? Porque el gobierno de José, decidido á llevar á cabo la reforma, estorbaba tan escandalosas escenas, al paso que la Regencia, no por piedad, no por religion, sino por contrariar el sistema de las córtes, fomentaba semejantes escesos, buscando en ellos pretesto para abrir aquellos asilos de holganza, que debian ser en su día otros tantos apoyos al retrógrado plan meditado desde entonces por los malos españoles. Ni se diga que la aparicion repentina de tantos frailes en las ciudades y poblaciones evacuadas se debió á haberse agolpado á estas los residentes en las libres ó que á ellas se habian refugiado, porque fueron muy pocos los que abandonaron su domicilio ordinario, permaneciendo en sus respectivos distritos todos ó casi todos en clase de secularizados, y por cierto que ninguno murió de hambre, ni se oyó decir les faltasen medios honestos para subsistir. La verdad era, que no habiendo sido la virtud la última pobladora de los claustros, sino el tedio al trabajo y el deseo de participar de las prodigalidades del fanatismo, querian los frailes á toda costa recuperar el derecho, malamente adquirido, de vivir á costa de la ignorante credulidad. Ni se suponga tampoco que la generalidad de los pueblos deseaba el restablecimiento de los regulares, pues no solo los tenian olvidados, sino que en los puntos donde habian permanecido mucho tiempo los franceses se habia desacostumbrado tanto la gente á ver el hábito religioso, que los primeros que se presentaron así vestidos en Madrid y en otras grandes poblaciones, tuvieron que esconderse para huir de la curiosidad y estrañeza con que los miraba y seguia el vulgo, y en particular los muchachos que habian nacido ó crecido durante la ocupacion francesa. Las peticiones, pues, para restablecer las comunidades procedieron tan solo de los manejos de los mismos interesados, los cuales pudo fácilmente descubrir el gobierno, á haber procedido en el negocio con la lealtad que cumplia á su deber, y animado del buen deseo de verificar la deseada reforma, tan necesaria á los intereses del Estado como á los de la verdadera piedad, y aun tambien á los de los mismos religiosos.

Las desacordadas providencias de la Regencia posesionando á los religiosos de varios conventos, crearon obstáculos que las córtes no se determinaron á atacar de frente, y no atreviéndose á desbaratar lo hecho, como querian las comisiones reunidas, limitáronse á pedir á las mismas un nuevo dictámen. Presentóse este

el 8 de febrero, y sobre él espidieron las Córtes su decreto del 18 del propio mes, espresándose en el mismo que era provisional, y sin perjuicio de las medidas generales que en adelante pudieran adoptarse. Lo sustancial del decreto á que nos referimos, se reducía: 1.º á permitir la reunion de las comunidades consentidas por la Regencia, con tal que los conventos no estuviesen arruinados, vedando pedir limosna para reedificarlos; 2.º á rehusar la conservacion ó restablecimiento de los que no tuviesen doce individuos profesos; 3.º á impedir que hubiese en cada pueblo mas de uno del mismo instituto; y 4.º á prohibir que se restableciesen mas conventos y se diesen nuevos hábitos hasta la resolucion del espediente general.



REFORMA DE REGULARES.

Si se considera el estado en que la invasion enemiga habia dejado á la mayor parte de las casas religiosas, no podrá menos de reconocerse el gran paso dado por las córtes hácia el fin deseado, siendo bien seguro que puesto en práctica el citado decreto, y cumplido exactamente durante algunos años, se hubiera logrado la entera reforma del clero regular de una manera insensible y justa. Pero el genio del mal que acabó en 1814 con todo cuanto bueno habian hecho las córtes, no perdonó tampoco esta reforma.

La marcha de la Regencia en el asunto de los regulares demuestra sobradamente las retrógradas ideas de sus individuos y su constante oposicion á las providencias de las córtes, especialmente desde que D. Juan Perez Villamil ocupó la vacante del conde del Abisbal. Estas funestas disposiciones del poder ejecutivo no podian menos de ser perjudiciales, especialmente cuando al ir evacuando el enemigo nuestro territorio habia tanta necesidad de un gobierno ilustrado é indentificado con el congreso, tratándose nada menos que de plantear la administracion en todas sus partes y de introducir las nuevas leyes apaciguando las pasiones, recompensando servicios, aliviando padecimientos, echando un velo sobre estravios y errores, y ganando en fin las voluntades de todos. Claro es que para empresa tan ardua se necesitaban hombres privilegiados, amaestrados en el arte de gobernar, sostenedores de las reformas, amigos de las córtes, y con el pulso y firmeza necesaria para resistir á las exigencias de los resentimientos particulares que no podian faltar en circunstancias tan espinosas. En tres partidos estaban divididos los pueblos evacuados, y eran el del rey intruso, el de los opuestos á las reformas, y el de sus amigos y defensores, y estas diversas opiniones, forzosa consecuencia de los últi-

mos acontecimientos, reclamaban todo el saber, toda la prudencia de un gobierno conciliador, que sin exasperar á ninguna, procurára por medios suaves ir las aunando y agrupando todas bajo la enseña de la nueva Constitucion.

La Regencia hizo todo lo contrario, poniéndose desde luego casi abiertamente á la cabeza de los enemigos de nuestra regeneracion politica, persiguiendo sin tino á los comprometidos con José, y desatendiendo indebidamente á los que pertenecian al tercer partido. De este equivocado sistema y de su esclusivismo y desacierto en el nombramiento de jueces y empleados, nacieron infinitas quejas; y el descontento que empezó luego á mostrarse en los pueblos libertados del yugo, aumentado por los malos manejos de los nuevos empleados, sirvió de pretexto á la Regencia para pedir á las córtes la suspension de aquellos artículos de la Constitucion que, decia, no le permitian poner remedio á los desmanes y osadia de los descontentos. Achaque antiguo de los enemigos de las leyes, suponer al menor asomo de apuro que no se puede gobernar con ellas.

Dió particular motivo á esta demanda una conspiracion descubierta en Sevilla, segun se contaba, contra las córtes y la Regencia, habiéndose de resultas formado causa á varios individuos, para cuya pronta prosecucion era preciso, á dicho del gobierno, la suspension de ciertos artículos constitucionales, entre los que estaban comprendidos algunos que no pertenecian á la dispensa de formalidades que en los procesos y en determinados casos consentia la nueva ley fundamental, sino á otras disposiciones de mas trascendencia. Las córtes no accedieron á la peticion de la Regencia, por no creer grave la conspiracion denunciada, y tener sospechas de que se abultaba su importancia para arrancarle el consentimiento apetecido. Así, poco satisfechas anteriormente del proceder del gobierno, lo quedaron menos con este incidente, aumentándose el desvío entre ambas autoridades hasta el extremo de convertirse en marcada aversion con motivo del asunto de los frailes.

Resueltas ya las córtes á hostilizar al gobierno, ofrecióle para ello ocasion oportuna la discusion del dictámen de una comision encargada de examinar las memorias presentadas por los secretarios del despacho, en que cada uno daba cuenta del estado de sus respectivos ramos. La discusion fué muy animada, quedando en mal lugar los secretarios del despacho, poco duchos en lides parlamentarias, sin encontrar razones para responder á los diferentes cargos que les fueron hechos, y redundando todo, como era natural, en descrédito del gobierno, lo que aumentó la enemistad entre este y las córtes, en términos de creerse próximo un rompimiento desagradable y ruidoso, no faltando quien juzgase á la Regencia dispuesta á destruir las córtes, ó al menos tomar providencias violentas con los principales caudillos del partido liberal. Daban fundamento á estos recelos algunas indiscreciones de amigos de la misma Regencia, artículos amenazadores de periódicos que la defendian, conversaciones livianas de alguno de sus ministros, tanteando el modo de pensar de ciertos gefes de la guarnicion; la circunstancia de acercarse tropas al Puerto de Santa Maria bajo pretexto de ir formando el ejército de reserva llamado de Andalucía, y en fin, la presencia allí del conde del Abisbal, al cual, aunque antes se le contaba entre los amigos de las reformas, y todavía no habia dado las pruebas de veleidoso y mudable que ofreció despues, como se le consideraba ofendido por su salida de la Regencia, creíasele capaz de meterse en cualquier empeño aunque fuese arrojado, con tal que satisficase sus resentimientos.

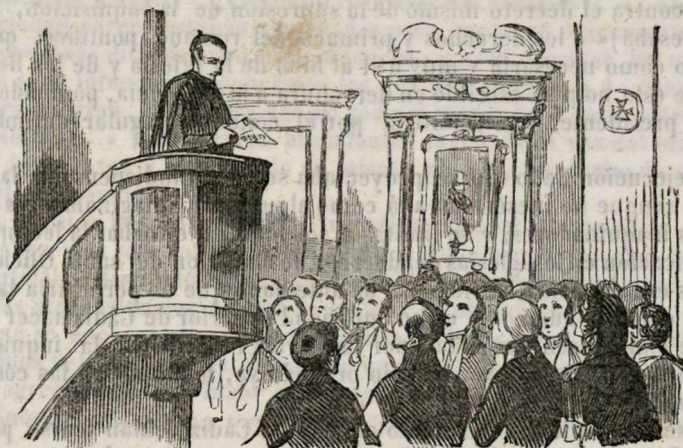
La coincidencia de tantos hechos traia muy alterados á los liberales, cuya inquietud llegó á su colmo en la noche del 7 de marzo cuando se supo que D. Cayetano Valdes, gobernador de Cádiz, acababa de ser exonerado de su empleo por la Regencia, acto que se miró como precursor de violencias, é indicador de que se queria marchar descaradamente por la senda de las arbitrariedades, como camino mas corto para llegar cuanto antes al despotismo.

Confirmaba mas estas sospechas otra circunstancia no menos atendible; la de haber recaído el mando militar y politico en D. José Maria Alós, gobernador de

Ceuta, cuyas opiniones eran enteramente opuestas á las del partido reformador, y el cual, habiendo venido á Cádiz pocos dias antes y conferenciado largamente con la Regencia, parecia destinado á cumplir órdenes ilegales y de atropellamiento, ya respecto de las córtes, ya de sus individuos. A lo menos hubo de esto entre los diputados repetidos indicios, y aun avisos que no creemos careciesen de fundamento (1).

Conocido y estimado en Cádiz D. Cayetano Valdes desde el año 1805 por la rectitud y firmeza de su carácter, y por el valor que habia desplegado en el combate de Trafalgar, en cuya accion se batió gloriosamente y fué herido, infundia en todos confianza ciega, y así, mientras él permaneciese mandando, nadie temia que la Regencia estralimitase el círculo de sus facultades, no siendo hombre Valdes de entrar en manejos ni ligas, ni de apartarse del orden legal, y si marino rígido y austero, modelo perfecto de la antigua honradez castellana.

Para dar una idea de la causa primera de la separacion de Valdes, es preciso volver al asunto de la abolicion del santo Oficio. Digimos entonces que habian de-



LECTURA DE LOS DECRETOS DE LAS CÓRTEES EN LAS IGLESIAS.

cidido las córtes se leyese en todas las parroquias de la monarquía por tres domingos consecutivos el manifiesto en que se esponian los fundamentos que se habian tenido presentes para decretar dicha abolicion; providencia que tomada solo con el buen deseo de ilustrar la opinion de los pueblos, la interpretaron torcida-

(1) Apoyamos nuestra opinion en el testimonio que nos ofrece un historiador coetáneo, poco amigo de las córtes de Cádiz, y que habiendo escrito su obra bajo los auspicios del régimen absoluto, es regular estuviera instruido en los ardides de este. Al llegar al asunto que nos ocupa, se explica así dicho escritor: «La Regencia, en cuyas manos se hallaba concentrado todo el poder ejecutivo, trató de valerse de él para dar un golpe mortal á las córtes, deshaciendo á la fuerza su reunion. Todo así hallaba dispuesto al efecto; mas como fuese depuesto el gobernador de Cádiz, teniente general de la Real Armada, D. Cayetano Valdes, y reemplazado el 6 de marzo por el mariscal de campo Don José Maria Alós, gobernador de la plaza de Ceuta, de cuyas ideas y adhesion estaba plenamente satisfecha la Regencia, esta mudanza llamó muy particularmente la atención de las córtes, y la mayor parte de los diputados se decidieron desde este punto á mudar la Regencia, aprovechándose de la primera circunstancia favorable que pudiese presentarse. Efectivamente, la Regencia llamó á Alós con este objeto, conferenció con él, y puso á su disposicion tres regimientos y tres cañones; pero la dilacion del dia en que se habia de ejecutar el golpe, lo frustró. Alós queria darlo el mismo dia que tomó el mando, y entonces el éxito hubiera sido indudable.—Muñoz MALDONADO: *Historia de la Guerra de la Independencia*, tomo III, páginas 470 y 471.»

mente los partidarios de la inquisición, mirándola como insultante abuso del triunfo obtenido. Con eso en Cádiz y en otros puntos crecieron los enredos y manejos de los fanáticos sostenedores de rancias y falsas doctrinas, impulsados todos por el nuncio de Su Santidad D. Pedro Gravina, hermano del general D. Federico, que mandando la escuadra española en el antes citado combate de Trafalgar, pereció, cubierto de gloria, de heridas recibidas allí. Apoyaban al nuncio varios obispos de los que por estar sus diócesis en provincias ocupadas se habían refugiado en Mallorca y Cádiz, é igualmente, aunque por debajo de cuerda, estimulábale á la oposición la misma Regencia, gobernada ahora por D. Juan Perez Villamil.

Que el clero no estaba pacífico y que se urdía alguna trama contra el decreto de la inquisición y la lectura del manifiesto, traslucíase por muchas señales; y al fin se tuvieron noticias ciertas de ello por medio de un aviso secreto que recibió el diputado eclesiástico D. Antonio Oliveros, de que se había pasado al cabildo de la catedral de Cádiz cierta circular, haciéndole sabedor de un acuerdo tomado en la misma ciudad entre varios prelados y personas para impedir sin embozo la publicación en los templos del citado manifiesto. El nuncio ofició también directamente sobre ello á la Regencia en 5 de marzo, estendiendo sus reclamaciones hasta contra el decreto mismo de la supresión de la inquisición, que ofendía (según espresaba) « á los derechos y primacía del romano pontífice, que la había establecido como necesaria y muy útil al bien de la Iglesia y de los fieles.» Es de advertir que esta nota se escribió en derecho á la Regencia, poniéndose en manos de su presidente, sin remitirla por el conducto regular del ministerio de Estado.

Para la ejecución de lo que se proyectaba se hacía indispensable la separación de Valdes, aunque no fuesen tan allá como algunos se imaginaban los aviesos intentos de los maquinadores, y se limitasen solamente á estorbar la lectura del manifiesto y publicación en las iglesias del decreto de abolición del santo Oficio. La firmeza de Valdes era conocida, sabiéndose de antemano que no permitiría la infracción de las leyes, correspondiéndole como autoridad superior de Cádiz hacer que en esta ciudad se cumpliesen las dadas por las córtés respecto de la inquisición. Que no era además partidario suyo, habíalo probado ya, felicitando á las córtés por haberlo suprimido.

Tocaba ser el domingo 7 de marzo cuando en Cádiz debían leerse por primera vez el manifiesto y decreto insinuados. Con los rumores que habían corrido, ansiaban todos llegase aquel día, quedando asombrados al cundir la noticia en la noche del sábado 6, de haber la Regencia del reino quitado el mando al gobernador militar y jefe político D. Cayetano Valdes. No tuvo por tanto efecto en la mañana del domingo lo providenciado por las córtés, permaneciendo silenciosos los templos, sin que se leyese en ellos nada de lo mandado acerca de la inquisición. Tan escandalosa desobediencia alarmó sobremanera á los diputados liberales y al público, no dudando ya muchos del plan concertado para atropellar alevemente á varios individuos de las córtés.

Noble ejemplo de firmeza digno de ser imitado en todos tiempos dieron en aquella ocasión los diputados liberales, los cuales, sin acobardarse á vista del peligro que les amenazaba, determinaron romper con mano fuerte el velo de tantos misterios y presentar ellos mismos la batalla á la desleal Regencia; pero atentos á la prudencia, quisieron esperar á que aquella se esplicase. Llegó luego este caso en la sesión del lunes 8, en que dió parte el ministro de Gracia y Justicia, por medio de un oficio, de tres exposiciones que le habían dirigido el vicario capitular de la diócesis de Cádiz, los curas párrocos de la misma ciudad (1), y el cabildo de

(1) La justicia nos obliga á hacer aquí honrosa mención del sabio y virtuoso doctor D. Francisco Fernandez del Castillo, dignísimo cura párroco que era entonces de la iglesia de Nuestra Señora del Rosario de Cádiz, y adornado de ideas eminentemente liberales, el cual no solo se negó á firmar la

la Iglesia catedral, alegando las razones que les habian impedido llevar á debido cumplimiento el decreto de 22 de febrero que mandaba se leyese en todas las parroquias de la monarquía el manifiesto de la abolicion de la inquisicion. De esta comunicacion de la Regencia resultaba un terrible cargo contra ella, pues demostraba ó que obraba de connivencia con el clero, ó que carecia de suficiente firmeza para hacer respetar las determinaciones supremas.

Los diputados que estaban ya concertados para el efecto pidieron, y asi se acordó, que se declarase permanente aquella sesion hasta que terminase el negocio del dia. Habló primero el señor Teran, pronunciando un discurso razonado y vehementemente que conmovió al auditorio, diciendo en contestacion á varias razones alegadas por el clero: «¡Ojalá se hubiese tenido siempre presente el decoro y respeto debido á tan santos lugares, y que no se hubiese profanado la casa del Señor y la cátedra del Espíritu Santo, alabando, ¿á quién?... al perverso Godoy; á ese infame favorito, simbolo de la inmoralidad y corrupcion, que ha precipitado á la nacion en un abismo de males!... ¡Profanacion de templo por leer el decreto de V. M., cuando hemos visto colocado el inmundado retrato de aquel privado á la derecha del altar mayor!... ¿Cómo no lo rehusaron entonces?... ¡Ah, Señor! El celo y la piedad parece estaban reservadas para oponerse únicamente á las resoluciones soberanas dictadas con toda madurez, y para frustrar las medidas que con la mas sana intencion proponemos los que nos gloriamos de conocer y amar la verdadera religion, y procuramos en todo el mayor bien de la patria... Señor, yo no puedo mas...» Embargaron abundantes lágrimas la voz del orador; lágrimas salidas del corazon á impulso de su misma piedad, produciendo en la asamblea un efecto maravilloso.

Tomó en seguida la palabra el Sr. Argüelles, el cual, despues de un discurso notable y de los mas selectos entre los infinitos buenos que salieron de los labios de aquel infatigable diputado, concluyó formalizando esta proposicion: «Que atendiéndose á las circunstancias en que se hallaba la nacion, se sirviese el congreso resolver que se encargasen provisionalmente de la Regencia del reino el número de individuos del Consejo de Estado de que hablaba la Constitucion en el artículo 189, agregándole, en lugar de los individuos de la diputacion permanente, dos individuos del congreso; y que la eleccion de estos fuese en público y nominal.»

El artículo de la Constitucion que aqui se citaba, decia: «En los casos en que vacare la corona, siendo el príncipe de Asturias menor de edad, hasta que se junten las córtes extraordinarias, si no se hallaren reunidas las ordinarias, la Regencia provisional se compondrá de la reina madre, si la hubiere, de los dos diputados de la diputacion permanente de las córtes, los mas antiguos por órden de su eleccion en la diputacion, y de los dos consejeros del Consejo de Estado los mas antiguos, á saber: el decano y el que le siga; si nó hubiere reina madre, entrará en la Regencia el consejero de Estado tercero en antigüedad.»

Aunque el caso actual no era igual al señalado en la Constitucion, era sin embargo de absoluta necesidad adoptar aquella medida, por la urgencia del tiempo y para no dar lugar á que la sospechosa Regencia aprovechára para la ejecucion de su plan el que las córtes necesitaban emplear en la eleccion de la que debia reemplazarla. Aprobóse con gran mayoría la proposicion del Sr. Argüelles, si bien no se puso en ejecucion mas que la primera parte, esto es, la de que se encar-

esposicion elevada al gobierno por todos sus compañeros sobre el asunto de la inquisicion, sino que se manifestó resuelto á hacer leer en su parroquia el manifiesto y decreto de las córtes el mismo domingo 7 de marzo, pudiendo solamente la fuerza hacerle desistir de su empeño. Víctima del despotismo, permaneció despues preso en el convento de Capuchinos de aquella ciudad desde el año 14 al 20. Restablecida la Constitucion, volvió á encargarse de su parroquia, en donde continuó, hasta que lleno de años y de virtudes bajó al sepulcro. La losa de este es hoy todavía bañada con las lágrimas de los pobres, y acalado como se merece por todo el pueblo gaditano.

gasen de la Regencia provisional los tres consejeros de Estado mas antiguos, suspendiéndose la otra en que se hablaba de diputados por consideraciones personales y laudables, rehuendo siempre estos de que se les achacasen bastardas miras cuando solo se proponian el interes del pais.

Los tres consejeros de Estado mas antiguos presentes en Cádiz eran D. Pedro Agar, D. Gabriel Ciscar y el cardenal de Santa María de Scala, arzobispo de Toledo, D. Luis de Borbon, hijo del infante D. Luis, hermano que fué del rey Carlos III. A los dos primeros, ya antes regentes, se les tenia con razon por honrados y afectos á las reformas; y por lo que hace al cardenal, tenia á no dudar recto juicio y nada escasa instruccion, aunque no la firmeza necesaria en ciertas circunstancias dificiles, como lo prueba su momentáneo afrancesamiento en 1808. Aunque por antigüedad, tercero en número, escogiósele, á propuesta del conde de Toreno, para presidente de la nueva Regencia, segun lo exijian el rango que ocupaba en el Estado y su alta dignidad en la Iglesia.

Acto continuo á estos nombramientos, estendiéronse los decretos y se comunicaron las respectivas órdenes. A poco juraron en el seno de las córtes los tres nuevos regentes, pasando inmediatamente, acompañados de una diputacion de las córtes, á posesionarse de sus cargos. Aunque ya eran las nueve de la noche, el inmenso concurso que habia acudido al ruido de tales sucesos, recibió con entusiasmo aplausos á los regentes y á los diputados de la comision, y los acompañó hasta la ordinaria morada del gobierno. Llegados á ella, instalaron en sus sillas los diputados comisionados á los nuevos regentes, sin que los cesantes manifestasen señal alguna de resistencia ni oposicion, dejando solo cada uno ver el reflejo de su indole ó de sus pasiones: distraccion y dejadez el duque del Infantado; despecho D. Juan Perez Villamil y D. Joaquin Mosquera y Figueroa, y noble serenidad D. Juan María Villavicencio; siendo justo decir en alabanza de este ilustre marino, que poco antes habia escrito á los diputados proponedores de su nombramiento, que vista la division que reinaba entre los individuos del gobierno, ni él ni sus cólegas, si continuaban al frente de los negocios públicos, podian ya despacharlos bien, ni contribuir en nada á la prosperidad del pais. Del quinto regente, D. Ignacio Rodriguez de Rivas, escusado es decir otra cosa sino que terminó su mando tan poco notable y significativamente como habia comenzado; debiendo advertirse que como en el nombramiento de este y el de D. Joaquin Mosquera, no se tuvo presente otra cosa que cumplir lo convenido de que hubiese dos americanos en la Regencia, solo se atendió á esta circunstancia, prescindiéndose de las demas dotes necesarias para tan dificil encargo.

Poco debe ocuparnos el exámen de la administracion de esta Regencia, pues como insinuamos al tratar de la anterior, su poder se eclipsaba al lado de una autoridad tan poderosa como la de las córtes. Sin embargo, reseñaremos brevisísimamente sus actos. Los mas importantes negocios despachados durante su mando por la secretaria de Estado fueron los tratados con Rusia y Suecia, y el asunto de la mediacion inglesa para la pacificacion de América, de los cuales ya nos ocupamos. Las secretarías de la Gobernacion y Gracia y Justicia entendieron en todo lo relativo á la nueva organizacion y planta de las oficinas y tribunales de las provincias, conforme á la Constitucion y á varias leyes y decretos particulares, en cuyas dificiles tareas procedió la Regencia con el desacuerdo y parcialidad antes espuesto. Por lo respectivo á la guerra, el mando dado á Wellington y la nueva distribucion de los ejércitos indicada en su lugar, fueron las principales medidas tomadas durante el gobierno de la Regencia de los cinco; pero la primera debió su origen á las córtes, y la segunda, si bien útil, perdió mucha parte de su mérito por el poco acierto en la eleccion de gefes. Desgraciada la marina en todos los gobiernos, no fué mas feliz con el que acabó el 8 de marzo. No recibió tampoco durante este tiempo ninguna mejora la hacienda. La recaudacion en las provincias desocupadas se hizo con lentitud y tropiezos, sin plantearse en ellas sino á medias y malamente la contribucion extraordinaria de guerra, y siendo poco fructuosas las otras, efecto en

parte del estado del país y en parte de los vicios de la administración. En la tesorería central de Cádiz no entraban otros caudales que los de su provincia y aduana, invirtiéndose desde luego lo restante en sus respectivos distritos. La suma de los recibidos en dichas arcas de Cádiz ascendió próximamente á unos 138,000,000 de reales en todo el año de 1812: de ellos solo unos 15 procedían de América, incluidos los derechos devengados por plata perteneciente á particulares; y otros 14 ó 15 de letras facilitadas por el cónsul inglés pagaderas en Londres.

Como la marcha enérgica y firme de las córtes en la pronta destitución de la Regencia quitó un apoyo tan poderoso á los enemigos de las reformas, no es extraño que estos exajerasen su censura sobre una medida como aquella, medida que la historia considera como de primera necesidad, pues en el estado á que habían llegado los asuntos públicos, y en lid abierta las dos potestades ejecutiva y legislativa, una de ellas tenía que dejar la escena política, y claro es que esta debía ser la Regencia, no residiendo en ella la facultad de disolver las córtes, y existiendo además tantas y tan fundadas sospechas de sus siniestras intenciones.

A la nueva Regencia se le quitó el carácter de provisional en 22 del mismo marzo, quedando nombrados en propiedad tanto dicha corporación como su presidente, sin que por eso se despojase á ninguno de los tres de las plazas que obtenían en el Consejo de Estado. El reglamento que gobernaba á la anterior Regencia, dado en 26 de enero de 1812, se modificó con otro decretado en 3 de abril de este año de 1813, mejorándole en alguno de sus artículos. Tres individuos solos en lugar de cinco debían componer la Regencia: las relaciones de esta con los ministros y las de los ministros entre sí se deslindaban atinadamente, declarándose á los últimos únicos responsables, quedando irresponsable la Regencia, ya que la inviolabilidad estaba reservada á solo el monarca. Creyeron muchos que se afianzaria por aquel medio la autoridad del gobierno, y se le daría mayor consistencia en sus principales miembros, porque de no ser así, decía un diputado, resultan varios y graves males: «1.º la inestabilidad de la Regencia, á la que se desacredita; 2.º la dificultad de defenderse esta por sí, y verse obligada á defenderse por medio de sus ministros, que quizás piensan de un modo contrario; 3.º las revueltas á que se espone el Estado en la continua variación de Regencia, que es inevitable.»

La separación de la Regencia de los cinco no destruía del todo la intentada oposición contra la lectura del manifiesto y decretos de las córtes sobre la abolición del santo Oficio, quedando todavía elementos bastantes para producir nuevos conflictos, que solo pudo evitar el firme y leal porte de los nuevos regentes.

Para formar una idea del plan fraguado por los contrarios de las reformas y justificar mas la vigorosa resolución de las córtes del 8 de marzo, es necesario retroceder un tanto para buscar el origen de la trama. Dió á esta principio una pastoral ó manifiesto (1) fechado en Palma de Mallorca á 12 de diciembre de 1812, aunque impreso y circulado mas tarde, y firmado por los obispos de Lérida, Tortosa, Barcelona, Urgel, Teruel y Pamplona, refugiados en aquella isla al huir de la invasión francesa. Comprendía la pastoral varios puntos, dividiéndose en capítulos dirigidos á probar que la Iglesia se hallaba ultrajada en sus ministros, atropellada en sus inmunidades, y combatida en sus doctrinas. Ensangrentábanse sus autores especialmente contra el *Diccionario crítico-burlesco* de D. Bartolomé Gallardo, impugnando con ahínco las opiniones de algunos diputados, en particular de los que eran eclesiásticos y se tenían por jansenistas y partidarios del sínodo de Pistoya. Ostentaban doctrinas inquisitoriales y ultramontanas, separándose en un todo de los grandes ejemplos que les habían dejado nuestros insignes prelados del siglo XVI, de quienes oportunamente decía Melchor Cano al emperador Carlos V.

(1) Se titulaba: *Instrucción pastoral.... al clero y pueblo de su diócesis*. Impreso en Mallorca, en casa de Brusi, año de 1813.

«No fuera mucho que su escuadron y el de hombres doctos de acá hiciera mas es-
«panto en Roma que el ejército de soldados que S. M. allá tenia.»

Por el mismo estilo, y en rincon opuesto de España, en la Coruña, dispuso otro papel el obispo de Santander, redactándolo en términos suficientes á acreditar los desbarros mentales de que dicen solia adolecer aquel prelado, desbarros de que daban indicios hasta en el título y forma del escrito, compuesto en octavas rimas (1).

La publicacion de tales impresos coincidia con los pasos dados en Cádiz por su cabildo y clero, cuyos individuos empezaron á tratar de resistencia ya en 6 de febrero, dirigiéndose tambien á los cabildos comprovinciales de Sevilla, Málaga, Córdoba y Jaen, pidiéndoles «poderes ó instrucciones para representarlos;» y encargándoles el mayor secreto respecto de los legos y de los *sacerdotes* que no mereciesen su confianza.

Centro de tan cautelosos manejos el nuncio de Su Santidad, no se limitó á la nota que de un modo irregular, segun indicamos, habia pasado á la Regencia en 5 de marzo, sino que con la misma fecha escribió igualmente al obispo de Jaen y á los cabildos de Málaga y Granada, exhortándolos á formar causa comun con el clero de España, y á oponerse al manifiesto y decretos de las córtes sobre la abolicion del santo Oficio.

Aunque algunos calificaron de conjuracion temible este suceso, otros no querian darle tanta importancia, persuadidos de que todo se cortaria mudada la Regencia de los cinco, gran patrocinadora de la trama. No se engañaron los últimos, pues el 9 de marzo, día inmediato al de la separacion, habiendo hecho don Miguel Antonio de Zumalacárregui, y aprobado las córtes, la proposicion de que «en la mañana siguiente, y en los dos domingos consecutivos se leyesen los decretos....» conformóse el clero con lo mandado, sometiéndose á ello pacíficamente y sin linage alguno de oposicion. Es de advertir que la nueva Regencia repuso inmediatamente en el mando militar y politico de la plaza de Cádiz al general D. Cayetano Valdes.

La proposicion del señor Zumalacárregui tenia una segunda parte que tambien aprobaron las córtes y era «que en lo demas se procediese con arreglo á las leyes y decretos;» lo cual equivalia á mandar que se examinase la conducta de las autoridades eclesiásticas que habian desobedecido las providencias del congreso. Entendiéndolo asi la Regencia, y dispuesta á secundar exactamente los deseos de las córtes, ordenó por medio de D. Antonio Cano Manuel, ministro de Gracia y Justicia, que se formase causa á D. Mariano Martin Esperanza, vicario capitular del obispado de Cádiz sede vacante, y á tres prebendados de la misma iglesia comisionados por el cabildo para entender en la materia, y ponerse de acuerdo con los de otras catedrales. Mandó ademas la Regencia quedasen todos cuatro suspensos en sus temporalidades mientras durase el proceso. Justa resolucion aunque severa; pues el mandato de las córtes desobedecido por el clero, si bien pudo no ser prudente, no era por eso contrario á los usos de la primitiva iglesia, gustosa siempre de que se publicasen en el templo las leyes civiles de los emperadores, ni tampoco á la antigua costumbre de España, desde cuyos púlpitos se leian á veces hasta los reglamentos penales sobre tabacos, sin que nadie motejase semejante práctica, ni la creyese desacato cometido contra la magestad del santuario.

Repuestos los canónigos del primer susto que los hizo tan sumisos y obedientes, y esperanzados de encontrar apoyo en el seno de las córtes, elevaron á estas en 7 de abril representaciones enérgicas quejándose de los procedimientos de que se decian víctimas. El D. Mariano Esperanza avanzó hasta pedir «la responsabilidad

(1) El estravagante título de esta singular produccion era: *El sin y el con Dios para con los hombres; y reciprocamente de los hombres para con Dios, con su sin y con su con*. La publicaba el obispo de Santander bajo el nombre simbólico de D. Clemente Pastor de la Montaña.

«del ministro de Gracia y Justicia por la inescusable infraccion de Constitucion hecha «en su persona, y por la de otros decretos que espresaba.» Estas esposiciones pasaron á una comision de las córtes, la cual estuvo discorde, declarando la mayoría no haber infraccion de Constitucion en la providencia del ministro, y la minoría por el contrario que sí. El 9 de mayo se discutió este dictámen en las córtes, donde hubo tambien diferencia de pareceres. El ministro Cano Manuel pronunció en su defensa un hermoso discurso probando victoriosamente que el gobierno, aun despues de publicada la Constitucion, tenia facultades de proceder conforme lo habia hecho, y que teniéndolas las habia ejercido con oportunidad. Los debates sobre este asunto duraron muchos dias. No estuvo el congreso conforme con el dictámen de la mayoría ni con el de la minoría de la comision, ni tampoco con otras proposiciones, y solo en la sesion del 17 de mayo se aprobó una hecha por el señor Zorraquin, concebida en estos términos: «Sin perjuicio de lo que resuelvan las córtes, para no entorpecer el curso de la causa, devuelbáse el espediente al juez que conoce de ella.» Así esquivaron las córtes una resolucion definitiva, resolucion que, temiéndose mutuamente los dos partidos en que estaban divididas, no se determinó ninguno de ellos á exigir. Los canónigos procesados fueron despues espulsados de Cádiz en virtud de fallo del juez que entendia en la causa, con lo que terminó este enojoso incidente.

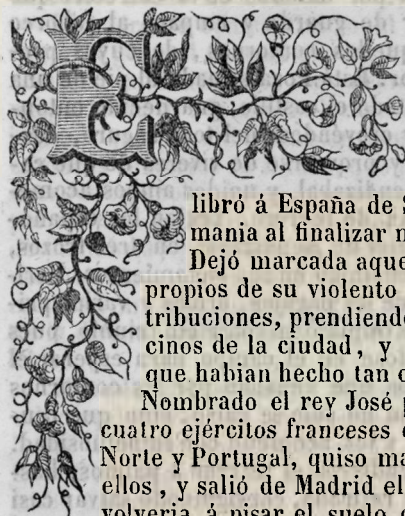
Resuelta la Regencia á seguir distinta senda que su antecesora, ofició el 25 de abril al nuncio de Su Santidad por conducto del ministro de Gracia y Justicia, y afeándole su desacordado porte concluia diciéndole: «que aunque la obligacion que incumbia á S. A. de defender el estado y proteger la religion la autorizaba para es- «trañar á S. E. de estos reinos y ocuparle las temporalidades; con todo, el deseo «de acreditar la veneracion y el respeto con que la nacion española habia mirado «siempre la sagrada persona del Papa... detenan á S. A. para tomar esta providen- «cia, habiéndose limitado á mandar que se desaprobaba la conducta de S. E. » El nuncio en vez de ceder de su propósito, replicó altaneramente el 28 de abril al de Gracia y Justicia, y escribió ademas con la misma fecha á D. Pedro Gomez Labrador, ministro á la sazón de Estado y despues furibundo absolutista, estrañando no viniése esta correspondencia por su conducto, sin acordarse al promover esta queja de que él habia faltado primero á todas las formalidades de estilo, enviando en derechura su primera nota á la anterior Regencia, sin contar para nada con los ministros. Hizoselo así entender Labrador en contestacion del 5 de mayo, pidiéndole al mismo tiempo nuevas y varias esplicaciones. No las dió el nuncio satisfactorias, por lo que oido el Consejo de Estado, é insistiendo siempre Gravina en las mismas ideas, le dió la Regencia órden por medio de D. Pedro Gomez Labrador de salir de estos reinos, participándole asimismo que se le ocupaban sus temporalidades, y remitiéndole sus pasaportes fechos en 7 de julio.

De otros varios asuntos se ocuparon las córtes en el período que acabamos de recorrer; pero obligados á ceñirnos á determinados limites, no hemos podido ocuparnos mas que de aquellos cuya gravedad y trascendencia no podian dejar de indicarse sin quedar sumamente defectuosa la historia, como sucederia privando al lector de la noticia de tan interesantes acontecimientos.



CAPITULO XL.

Marcha el mariscal Soult á Alemania.—Sale José de Madrid.—Tercer ejército español.—Combate de Orgaz.—4.º ejército.—Toman los españoles el fuerte de Cubo.—Sorpresa y accion de Poza.—Dejan los españoles á Bilbao.—Accion de Severio.—Atacan los franceses á Castro-Urdiales.—Son rechazados en aquel punto.—Combate de Armiñon.—Segundo sitio de Castro-Urdiales.—La abandonan los españoles despues de una bizarra defensa.—Cruel porte de los enemigos.—Mina.—Accion de Barrasoain.—De Tievas.—Toma de los fuertes de Tafalla y Sos.—Heróico arrojó de Fermin Leguía.—Combate de Beriaine.—Refriega en Lerin.—Se rinden los franceses de Mendigorria.—Accion de Muez.—De Isaba.—Primer ejército.—Su fuerza.—Espedicion á la plaza de Rosas.—Reencuentro de Valfogona.—Espedicion al valle de Aran.—El baron de Eroles destruye varios fuertes enemigos.—Accion de Prats de Moló en el territorio frances.—Sorprenden los españoles á Mataró.—Encuentro de Ridagua.—Accion de Rivas.—De La Bisbal.



El estado de la Peninsula no permitia largo descanso á los ejércitos que debian operar en ella, y así, desde principio de marzo anunciaban ya sus marchas y movimientos los grandes acontecimientos que se preparaban. La guerra del Norte, á que Napoleon queria dar nuevo impulso,

libró á España de Soult por algunos meses, saliendo este para Alemania al finalizar marzo, y llevándose consigo unos 6,000 hombres.

Dejó marcada aquel mariscal su permanencia en Toledo con actos propios de su violento y codicioso carácter, imponiendo gravosas contribuciones, prendiendo para realizarlas al ayuntamiento y á varios vecinos de la ciudad, y cometiendo otros desmanes por el estilo de los que habian hecho tan odioso su nombre en la capital de las Andalucias.

Nombrado el rey José por su hermano Napoleon general en jefe de los cuatro ejércitos franceses de España denominados del mediodía, centro, Norte y Portugal, quiso marchar á Valladolid para ponerse á la cabeza de ellos, y salió de Madrid el 17 de marzo, bien ageno sin duda de que no volveria á pisar el suelo de la capital. Llevóse consigo parte de las tropas que habia en Castilla la Nueva; pero dejó en Madrid al general Leval con una division, apostando en el Tajo otras fuerzas, especialmente de caballeria ligera. Con las mutaciones de mando producidas por la ausencia del mariscal Soult, quedaron al frente de los del mediodía y centro los generales Gazan y Drouet, conde d' Erlon.

A pesar de todos estos preparativos, ningun suceso importante tuvo todavia lugar por estas partes de España, limitándose todo á insignificantes encuentros y correrias. El ejército de reserva mandado por el conde del Abisbal continuaba aun organizándose, y de los choques tenidos por el tercer ejército solo fué algo notable el

que sostuvo el 26 de marzo cerca de Orgaz, en donde se distinguió el regimiento de Ubrique, alentado con el valor y acertadas disposiciones del ayudante primero de estado mayor D. Mariano Villa. El ejército anglo-lusitano escusó toda clase de refriega, y casi lo mismo hicieron el ala derecha y el centro del cuarto ejército español, con arreglo al plan trazado por Wellington. No era posible al ala izquierda seguir el mismo método, mezcladas siempre sus fuerzas con las francesas. Los cuerpos que componían esta ala continuaron maniobrando durante el invierno, todavía bajo su anterior arreglo y distribución. El mando que sobre todos ellos tenía D. Gabriel de Mendizabal, aunque más aparente que real, fué sin embargo bastante para que disgustado D. Mariano Renovales, en cierta manera antecesor suyo, se alejase de aquel país, y fuese en busca de Wellington para esponerle sus quejas; pero su des-acordado proyecto le dió un fatal resultado, pues descubriendo los enemigos su marcha, le hicieron prisionero, con seis oficiales que le acompañaban, en Carvajales de Zamora.

Referiremos aquí los sucesos militares de más nota que hubo en esta ala izquierda del cuarto ejército antes de abrirse la gran campaña, y empezaremos por los que sostuvo D. Francisco Longa. Este jefe, á la cabeza de su partida y de dos batallones vascongados, acometió el 28 de enero un punto que los enemigos tenían fortalecido en Cubo, camino de Burgos á Pancorbo, y le rindió cogiendo prisionera su guarnición; demoliendo después el fuerte, de alguna importancia por su posición. Dirigióse en seguida á Briviesca; pero se encontró casi rodeado de una parte por Caffarelli que todavía mandaba el ejército francés del Norte, y de otra por Palombini con sus italianos, enviado de refuerzo por José desde Madrid. La destreza de Longa le sacó de tal compromiso, y Caffarelli, viendo no podía escarmentar al partidario español como deseaba, retrocedió á Vitoria, después de haber reforzado las guarniciones del tránsito y apostado á Palombini en Poza.

La posesión de esta villa era importante, ya por hallarse en la carretera que conduce de Burgos á Santander, ya por servir de guarda y amparo al laboreo de los ricos minerales y salinas que tienen aquellos contornos, de cuyos productos sabía aprovecharse la codicia del invasor. Está Poza situada al pié de una empinada roca, sobre la cual se encuentra asentado el castillo, guarnecido entonces por solos 50 hombres. Confiado Palombini, y creyéndose del todo seguro, destacó algunas fuerzas para exigir contribuciones y proveerse de viveres de que carecía. En constante observación Longa, avisó á Mendizabal, y unidos ambos acometieron á los italianos de Poza al amanecer del 11 de febrero. Traían los españoles 5,000 hombres, los cuales dividió D. Gabriel de Mendizabal en tres trozos, mandando á Longa que con uno sorprendiese al enemigo en sus alojamientos. Verificada la acometida, se apoderaron los españoles de los bagajes, armas y varios prisioneros; mas la suma vigilancia de Palombini les impidió un completo triunfo, pues á los primeros tiros se salió de la villa, situándose en el campo para esperar el día y la reunión de diversas partidas de su tropa que andaban por los contornos en la recolección de viveres; con cuya operación no solo se salvó, sino que reunidos los suyos, trató de atacar á los españoles y los acometió con impetuosidad. No se desanimaron los nuestros, antes bien defendieron el terreno á palmas, hasta que para no perder lo ganado emprendieron la retirada, consiguiendo salvar casi toda la presa. Poco después, considerándose Palombini comprometido en aquel punto, dirigióse á las provincias Vascongadas.

No se dió en ellas tregua á las peleas. Los batallones del país se portaron con valor en los continuos reencuentros con el enemigo. El 1.º de enero las fuerzas considerables que este mandaba á Bilbao obligaron al comandante general de Vizcaya D. Antonio Cano á abandonar aquella villa con el cuerpo de su mando; y aunque á su salida de Zauza fué atacada su retaguardia, prosiguió la retirada en escalones, sostenidos por las muchas guerrillas destacadas al efecto. La intrepidez de este jefe hizo detener á los contrarios en Arciniega, sin andar en aquel día más de dos leguas.

El 31 del mismo enero muy de mañana presentóse una columna francesa delante de la division de Vizcaya, sin casi dejarle tiempo para situarse sobre Orozco, atacando en dos alas la villa y valle de Severio. Despues de un porfiado choque en que alternaron las ventajas y los descalabros en ambos cuerpos, viendo dudoso el éxito de la accion, se reunieron los vizcainos y cargaron con tal bizarría y denuedo á los enemigos, que los obligaron á abandonar precipitadamente el campo de batalla.

Seria prolijo reseñar los repetidos combates que tuvieron lugar por aquella parte en los seis primeros meses de este año, en cuyo tiempo llegaron los nuestros á amenazar en varias ocasiones á Bilbao, metiéndose hasta en la misma villa, como lo hicieron el 7 de enero y el 10 de mayo, siendo dignos de especial mencion los reencuentros habidos en Marquina y Guernica.

Llaman ahora nuestra atencion los sucesos de Castro-Urdiales y el mal éxito que tuvieron los franceses en su primer ataque contra aquel punto. El general Clausel, sucesor de Caffarelli en el mando del ejército del Norte, queriendo asegurar mas la costa de cualquier desembarco, pensó apoderarse de dicha poblacion, puerto abrigado y bueno para el cabotage y buques menores, situado en la provincia de Santander, partido de Laredo. Tiene la villa 3,000 habitantes, y la rodea un muro antiguo torreado que corre de mar á mar, y cierra el istmo que sirve de comunicacion á tan reducida península. En ambos extremos de la muralla habíanse establecido dos baterías, divisándose en la parte opuesta al istmo avanzada al mar la iglesia parroquial, y el castillo fundado sobre un peñasco que domina la playa, saliendo de aqui hácia el este, unidas por dos arcos, escarpadas rocas que á causa de su mucha altura resguardan de los noroestes el puerto, ballándose colocada en su remate una ermita con la advocacion de Santa Ana. Existian de guarnicion en la plaza 1,000 hombres, y artillábanla 22 piezas, siendo su gobernador D. Pedro Pablo Alvarez.

Dirigiéronse contra Castro el 15 de marzo Palombini con su division italiana, y el general Clausel con un batallon frances y 100 caballos. Luego que reconocieron la fortificacion, se decidieron á acometer los muros por escalada en la noche del 22 al 23; mas la bizarría de la guarnicion, ayudada del fuego de buques ingleses que por allí cruzaban, frustró el intento de los contrarios. Aguardó Clausel entonces refuerzos de Bilbao, que no acudieron, amagada aquella villa por algunos cuerpos españoles de las mismas provincias Vascongadas. Con esto y con adelantarse por un lado á Castro D. Juan Lopez Campillo con el segundo batallon de tiradores de Cantabria, y por otro D. Gabriel de Mendizabal acompañado de algunas fuerzas, desistió Clausel de su intento, yéndose en la noche del 29 de marzo, abandonando escalas y muchos pertrechos, y siendo perseguido en su retirada por la caballería de la division de Iberia, á las órdenes de Longa, que le causó considerable pérdida.

Mas adelante, deseando el enemigo destruir esta division que interceptaba el camino real de Francia, puso en movimiento dos columnas con este objeto, la una de 5,000 hombres por el camino de Miranda, y la otra de 1,000 por el de Vitoria. La última llegó el 5 de mayo al puente de Armiñon, que defendia Longa, donde se trabó una reñida accion que duró algunas horas, hasta que la aproximacion de la otra columna enemiga que venia por el camino de Miranda, obligó á los nuestros á retirarse pero con el mayor orden. Reunidas entonces ambas columnas enemigas, dirigieron sus pasos otra vez á Castro-Urdiales, determinadas alasedio formal de tan débil plaza. La guarnicion se preparó á la defensa, aproximándose en su auxilio fuerzas marítimas inglesas, mandadas por el capitan Bloye. Los cercados hicieron varias salidas y retardaron los trabajos; pero sus valerosos esfuerzos no pudieron impedir que la flaqueza de los muros cediese pronto al constante fuego del sitiador. Aportillada brecha se halló el 11 de mayo en el ángulo inmediato al convento de San Francisco. Sin desalentarse por eso rechazaron los nuestros primera y segunda vez las embestidas de los franceses, infundiendo en todos valor el bizarro goberna-

dor D. Pedro Pablo Alvarez. La defensa se prolongó bastante, contribuyendo no poco á ella el vecindario, hasta que reforzados los enemigos, y entrando á escalada por otros puntos, refugiáronse los sitiados en el castillo, embarcándose desde allí con muchos habitantes á bordo de los buques ingleses por el lado de la ermita de Santa Ana. Mantuviéronse en el castillo dos compañías, sosteniendo los ataques del enemigo, y no desampararon el puesto hasta haber arrojado al agua los cañones y varios enseres. De los últimos que se embarcaron fué uno el gobernador D. Pedro Pablo Alvarez, digno de los mayores elogios por su valor y acertadas disposiciones. El historiador Vacanni, allí presente, á pesar de que como enemigo procura deprimir el mérito de los españoles, no puede menos de decir: « La gloria de la defensa, sino igualó á la del ataque, fué tal que la guarnición pudo jactarse de haber obligado al ejército sitiador á emplear muchos medios y muchas fuerzas.... »

Esto mismo era bastante para que un enemigo generoso hubiera dispensado á la población todas las consideraciones posibles; pero sucedió todo lo contrario: los franceses entraron á saco la villa, pasaron á muchos por la espada, pusieron fuego á las casas, y por todos lados no se via otra cosa que ruinas, atropellos y destrozos. En vano trabajó para impedir estos males el ilustre general Foy: los italianos dieron el grito de muerte y devastacion, y los franceses siguieron luego tan inhumano ejemplo.

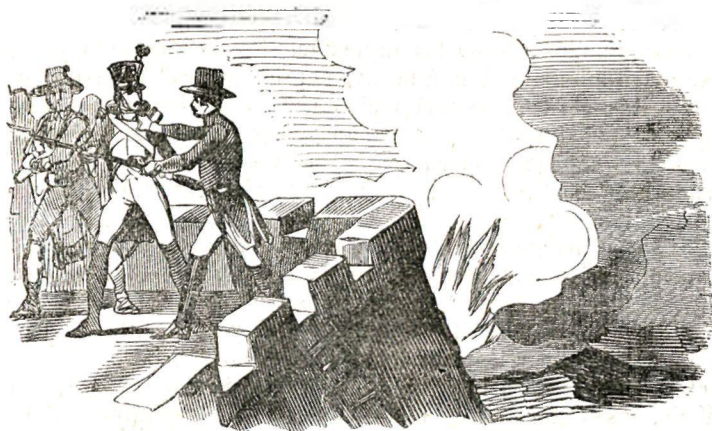


SAQUEO Y ESCESOS EN CASTRO-URDIALES.

Crueldades tan repetidas ensangrentaban mas la guerra en otros puntos, siendo Mina de los primeros en tomar de ellos cumplida satisfaccion y desquite. Constante siempre en su audacia, empezó el año 1813 atacando en Barrasoain á un cuerpo frances que marchaba hácia Pamplona, el cual, á pesar de un vivo fuego que sostuvo durante todo el dia y tener cuatro cañones, no consiguió su objeto sino á favor de la oscuridad de la noche y con pérdida de mucha consideracion. Arrimándose despues á Guipúzcoa, recogió Mina en Deva municiones, vestuarios y dos cañones de batir que los ingleses le regalaron, con cuya ayuda pudo ya en 8 de febrero poner sitio á Tafalla, recinto guardado por 400 franceses. Mientras tanto tuvo noticia de que venia sobre él desde Pamplona el general Abbe, á quien habia escarmentado antes en Mendivil. Dispuesto á darle cara, dividió sus fuerzas, dejando una parte en el sitio, y saliendo con la otra al encuentro de los enemigos. Dió con ellos en parage inmediato á Tievas y logró ahuyentarlos, revolviendo sin dilacion sobre Tafalla

para continuar estrechando el asedio. Abrió allí brecha, y al ir á asaltar el fuerte en 10 de febrero, rindiéronse los franceses. Inutilizó Mina las obras que estos habían practicado, demoliendo los edificios en que aun podían volver á encastillarse, de los cuales tenían fortalecidos algunos. Lo mismo ejecutó en Sos, si bien la guarnición se salvó ayudada por el general Paris, que acudió oportunamente en su socorro desde Zaragoza. Así se les causaba á los enemigos un daño gravísimo, siéndoles tan necesarios para asegurar sus comunicaciones los puntos fortificados.

El arrojó de Mina se había comunicado de tal modo á sus oficiales y soldados, que muchos de ellos acometieron empresas dignas de admiración. Atrevida y aun temeraria fué la de Fermin Leguía, quien acercándose con solos quince hom-



HAZAÑA DE FERMIN LEGUÍA.

bres muy á las calladas y á la hora de la media noche al castillo de Fuenterrabía, subió primero acompañado de otro á lo alto, y matando al centinela, apoderáronse ambos de las llaves, dando entrada á los que se habían quedado fuera. Juntos desarmaron y cogieron á ocho artilleros enemigos que estaban dentro, clavaron un cañon y arrojaron al mar las municiones que no pudieron llevar consigo, prendiendo por último fuego al castillo. Hiciéronlo todo con tal presteza, que al despertar la corta guarnición que dormía en la ciudad, habían ya marchado los nuestros, sin atreverse los franceses á perseguirlos, recelando fuese mucho su número, encubiertos los pocos con la oscuridad de la noche.

El comandante Gorriz atacó el 23 de marzo á 3,000 infantes y 180 caballos enemigos que se dirigían á Beriaine y Subiza, pueblos de Navarra, haciéndolos retroceder después de cinco horas de fuego,

Siempre incansable Mina, tuvo el 31 de marzo una sangrienta refriega en las cercanías de Lerin, con la columna del general frances Barbot, durando el fuego tres horas y concluyendo con hacer Mina mas de 600 prisioneros, matando y dispersando lo restante de la division francesa. Incomodado Clausel con tan continuadas pérdidas y menoscabo en su gente, quiso, como gefe del ejército frances del Norte, poniéndose de acuerdo con el general Abbé que mandaba en Pamplona, estrechar á Mina batiendo el país, y cercándole por todos lados. Cada uno de dichos generales salió de diverso punto, y Clausel, después de reforzar á Puento la Reina, y de apostar en Mendigorria un destacamento, avanzó yendo la vuelta del valle de Berrieza. Pero Mina, á beneficio de una rápida contramarcha, colocóse á espaldas del frances, y el 21 de abril obligó á rendirse á los de Mendigorria. Todo el resto

del mes continuó Clausel en la persecucion de Mina, entrando asimismo Abbé en el valle del Roncal, en donde, aunque trató bien á los prisioneros, deslució su porte quemando los hospitales y sus enseres, é incendiando tambien en Isaba muchas casas y edificios. Fatigado en vano Clausel con continuas marchas y contramarchas, y desesperanzado de destruir al guerrillero español, escribia al rey intruso no poder verificarlo sin mayores fuerzas, pues su contrario no arriesgaba choques sino sobre seguro, acometiendo solo á cuerpos sueltos inferiores en número.

El comandante Gorriz se dirigió el 22 del mismo abril contra las tropas del general Tampin, que ocupaban el pueblo de Muez en Castilla la Vieja. A su llegada, colocados los enemigos en posicion en las eras de dicho pueblo, destacaron contra él una columna de 1,000 hombres; pero fué recibida con tal intrepidez por los batallones navarros, que á poco tiempo tuvo que replegarse sobre el grueso de las tropas de Tampin. Entonces reunió Gorriz sus fuerzas, atacó á la bayoneta la posicion de las eras, y á las dos horas de un sangriento choque desalojó de ella á los enemigos, persiguiéndolos hasta las inmediaciones de Puente la Reina.

El 13 de mayo embistió Mina á la division del general Abbé que marchaba hácia el valle del Roncal: trabóse una accion reñida en Isaba; y cuando al cabo de algunas horas de pelea contra fuerzas superiores creía Mina poderlas arrollar enteramente, tuvo que ceder el campo y las ventajas obtenidas por la llegada de un considerable cuerpo de tropas enemigas que acudió á reforzar al general frances.

Reseñados ya los acontecimientos mas importantes que ocurrieron por esta parte de la Península antes de abrirse la gran campaña que empezó en el estío, hagámoslo ahora de los que por el mismo tiempo tuvieron lugar en la corona de Aragon, residencia de los ejércitos españoles 1.º y 2.º, á los cuales ayudaban la expedicion anglo-siciliana y los somatenes y cuerpos francos.

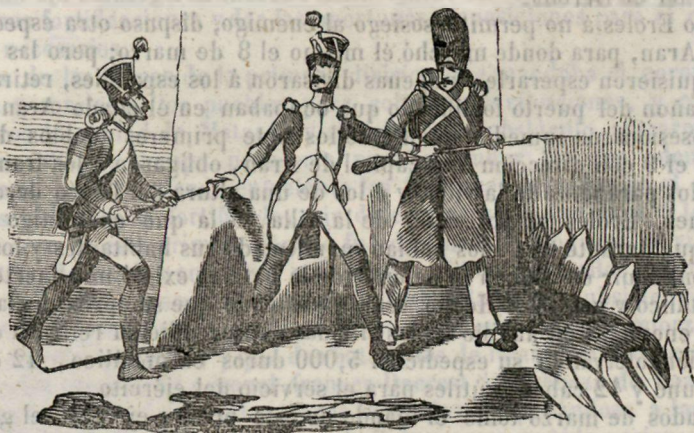
El cuartel general del primer ejército, ó sea de Cataluña, estaba ordinariamente en Vich, y sus fuerzas ascendian á unos 17,700 infantes y 550 caballos, en cuyo número no se comprenden los somatenes. Era el general en gefe, como ya digimos, D. Francisco de Copons y Navia, sucesor de D. Luis Lacy; pero durante su llegada, no verificada hasta marzo, mandó interinamente el baron de Eroles. Este gefe no despreció ocasion ninguna de hostilizar á los franceses. Durante su interino mando, celebró un convenio con el general enemigo, dirigido á mejorar la suerte de los respectivos prisioneros.

Los franceses de esta provincia, aunque á las órdenes de Suchet como todos los demas de la corona de Aragon, reconocian por inmediato gefe al general Decaen, á cuya disposicion estaban dos divisiones dirigidas por el general Maurice Mathieu, gobernador de Barcelona, y por el de igual clase Lamarque, cuya comun residencia era Gerona: las dos divisiones reunian una fuerza de 14,094 hombres de infantería con 876 caballos. Ademas de estas divisiones habia una brigada de italianos compuesta de 2,000 hombres que mandaba el general Bertolletti.

Aunque el estado de Cataluña no era propio para seguir en ella el plan de Wellington, adoptáronlo sin embargo los nueve gefes del distrito, aunque despues se desistió de él, conociendo sus desventajas consecuencias. Esquivar acciones en el Principado era perpetuar en él la dominacion enemiga: ademas que el carácter catalan no era propio para imitar la exagerada flema británica. Siguieron, pues, aquellas tropas su acostumbrada táctica, y el 19 de enero el general Milans se aproximó con su division á las alturas del Lorito para hacer un reconocimiento. Los enemigos en número de 3,000 hombres salieron á su encuentro desde la villa de San Vicente, y replegándose Milans, se dirigió durante la noche al Trull, atacando al siguiente dia la retaguardia enemiga fuerte de 2,000 hombres, la cual, reforzada sucesivamente hasta el número de 4,000 infantes y 500 ginetes, obligó á Milans á retirarse, aunque con el mayor orden.

El baron de Eroles dispuso una expedicion sobre Rosas al mando del teniente co-

ronel D. Jose Fabre, compuesta de 500 hombres de los regimientos de Ausona y Barcelona, embarcándose en Villanueva de Arenys para las Medas el 1.º de febrero en dos buques y tres botes armados, yendo encargado del estado mayor el capitán de Borbon D. Blas Requena. Reunida en la noche del 8 toda la expedición en las islas Medas, pidieron Fabre y Requena auxilio al comandante del navío inglés *Leviatan*, quien les dió tres botes armados cada uno con un cañon, y reembarcándose parte de la expedición el 8 por la madrugada, llegó á la cala de Canellas, á un tiro de fusil del fuerte de la Trinidad, en la plaza de Rosas. La guardia del principal de esta fué sorprendida y encerrada en la misma casa, en cuya operacion dió Requena una prueba de valor y serenidad, pues como al marchar á la sorpresa del principal que estaba en la plaza, despues de saltar una tapia de cinco ó seis pies de alto y dos de espesor, el ruido que hizo al saltarla y demolerla turbase algun tanto la serenidad del soldado, conociendo aquel gefe lo crítico del momento, dirijióse al principal con los ocho primeros soldados que saltaron, y encontrándose al desembocar en la calle con el centinela frances que dió el quién vive, contestóle imperturbable *¡Español!* persuadiendo á que la inmediatecion y los esfuerzos que hacia para que su tropa le siguiese, le habian dado á conocer. Observando entonces que el centinela vacilaba, se acerca solo, se finge oficial frances, y reprende en este idioma al centinela, quien duda de nuevo y prepara el arma sin perder momento: Requena entonces se le echa encima, le quita el fusil, y al llegar los soldados españoles, grita el centinela, á quien pasa con la espada, al mismo tiempo que uno de sus soldados al tirar un bayonetazo al centinela, clava con la bayoneta en la pared la mano izquierda de su valiente capitán. Alarmados



REQUENA EN ROSAS.

los franceses al ruido, tratan de salir en número de 200, y Requena arrancándose la bayoneta, da una estocada al comandante frances, obligándole á encerrarse con su tropa en el principal, desde cuyas ventanas y una tapia vecina determina defenderse. Requena queria asaltar la tapia, mas sus tropas no le siguieron temerosas del número de los contrarios, por lo que tuvo el intrépido capitán, bien á su pesar, que retirarse por la misma brecha que habia abierto para entrar, y reembarcándose, regresó á las islas Medas sin la menor pérdida. El 11 del mismo mes desembarcó un destacamento nuestro en la playa de Sasteray con el objeto de traer leña; mas cargado por fuerzas superiores, tuvo que reembarcarse con alguna pérdida.

Ganados por el general español los espías del enemigo, é instruido por este medio de toda la correspondencia que mantenian entre sí los gefes franceses de Barce-

lona y Tarragona y de las cifras con que se entendian, proyectó hacer una tentativa para apoderarse de Tarragona. Al efecto ideó obligar á salir de esta plaza una gran parte de su guarnicion, batirla y facilitar de este modo su rendicion. Para el logro de su idea, hizo cundir la voz de una expedicion á Cardona, hácia donde envió alguna tropa, y fingió un parte del general Decaen, residente entonces en Barcelona, dirigido al gobernador de Tarragona, Bertholetti, quien en vista de su contenido salió de esta plaza para Villanueva; mas á poco de haber salido, recibió otro pliego verdadero de Decaen, en que le mandaba lo contrario de lo que acababa de hacer, y en su consecuencia regresó á aquella ciudad, con lo que se frustró el proyecto del general español.

Los movimientos que desde Vich hicieron algunas tropas españolas hácia Ripoll hicieron creer al enemigo que su objeto era ir á la Cerdaña, en cuya persuasion hizo marchar la division del general Lamarque desde Gerona sobre Olot. Esta se propuso penetrar hasta Ripoll por el punto de Vallfogona, en cuyas inmediaciones atacó el 25 de febrero al cuerpo español del brigadier Porras que se hallaba en posicion; mas despues de un largo y reñido choque se vió precisado el enemigo á retirarse á Olot al abrigo de la noche y con mas de 70 hombres menos. Picado el general Lamarque en su orgullo, y ansioso de vengar su humillacion, penetrando hasta Ripoll, hizo en la noche del 25 un movimiento oculto y de flanco contra dicha villa, hácia la cual se dirigió por San Juan de las Abadesas. No habiendo tenido el comandante España oportuno aviso de esta maniobra, no le fué posible reunir toda su tropa antes de presentarse el enemigo, por lo que despues de alguna defensa abandonó á Ripoll. Posesionado Lamarque de este pueblo y de los intermedios entre él y Olot, no se determinó sin embargo á emprender nuevas operaciones, y fué retirándose á su antigua posicion de Gerona.

Resuelto Eroles á no permitir sosiego al enemigo, dispuso otra expedicion sobre el valle de Aran, para donde marchó él mismo el 8 de marzo; pero las tropas contrarias no quisieron esperarle, y apenas divisaron á los españoles, retiráronse bajo el tiro de cañon del puerto fortificado que ocupaban en el citado Aran. Los españoles se posesionaron inmediatamente de los siete primeros pueblos del valle, y marchando el 9 con direccion á la capital de Aran, obligaron á los franceses á replegarse á los parapetos de la villa, y á los de una altura del flanco derecho de sus fortificaciones. Eroles se posesionó de la villa, á la que en castigo de la indiferencia que durante tres años habian manifestado sus habitantes y los de todo el valle sin contribuir en nada á la defensa de la patria, exigió una fuerte contribucion en metálico y ganados. Hecho esto, y sabiendo que se aproximaban superiores fuerzas enemigas en auxilio de las sitiadas, emprendió su retirada en el mejor orden, habiéndole valido su expedicion 5,000 duros en metálico, 42 cabezas de ganado vacuno y 42 caballos útiles para el servicio del ejército.

A mediados de marzo tomó el mando de este primer ejército el general Copons, el cual determinó llevar adelante las empresas contra el enemigo, encargando siempre á Eroles las mas arriesgadas y dificiles, empresas á que tanto se brindaban su osadía y conocimiento del pais. La primera tentativa dispuesta por el nuevo general, fué acometer y dismantelar los puestos fortificados que conservaban los enemigos entre Tarragona y Tortosa, los cuales les eran necesarios para mantener sus comunicaciones. Encargóse Eroles de esta comision, y auxiliado con la ayuda que le dió Mr. Adam, comandante del navio ingles *Invencible*, arrasó en el término de tres dias varios de aquellos fuertes colocados en Perelló, torre de la Granadella, venta de la Ampolla y otros sitios vecinos, cogiendo cañones, prisioneros, ganado y algunos buques menores.

El brigadier Rovira con su division se propuso ocupar la plaza de Prats de Moló, situada en territorio frances, y al efecto emprendió su marcha en 19 de marzo desde Ripoll por San Juan de las Abadesas y Camprodon, y caminando toda la noche con el mayor orden y sigilo, llegó á las murallas de Prats á las cuatro y media de la mañana sin ser sentido de nadie. El coronel Llauder practicó inmediata-

mente el reconocimiento de las murallas de la plaza, y emboscando una compañía de fusileros al lado de la puerta de Francia, logró sorprender á esta, cogiendo aloficial enemigo con las mismas llaves con que la habia abierto; y como los 24 hombres que estaban de guardia en la puerta, intentasen levantar el puente, se lo estorbaron con el mayor arrojo los cazadores españoles mandados por el bizarro capitán D. Narciso Iglesias, no dándole lugar á ello, y siendo todos pasados á cuchillo, excepto dos que se hicieron prisioneros. Los guardias nacionales que acudieron al socorro de la plaza, experimentaron el valor de nuestros soldados, de cuyo furor quedaron víctimas: la guarnicion casi toda fué destrozada, salvándose solo la parte de ella que pudo ganar el castillo, desde donde hizo un vivo fuego á los españoles. Estos saquearon la poblacion, y llevándose en rehenes á varios de los principales habitantes, se retiraron con 300 cabezas de ganado lanar y 100 de vacuno. La pérdida del enemigo fué considerable, contándose entre los muertos el comandante San Martín, y entre los prisioneros el capitán gobernador del castillo y dos gefes de la guardia nacional: la de los españoles fué muy corta, en razon de la sorpresa que realizaron, y los pocos que perecieron fué solo por el fuego que se les hacia de los balcones y ventanas. Los rehenes que debian asegurar el pago de un millon de reales impuesto en contribucion á Prats de Moló, fueron encerrados en el castillo de Cardona, por no haber podido conseguir de sus paisanos el desembolso en cuestion.

Noticioso Copons de que una columna enemiga se dirigia sobre la Seu de Urgel, salió el 12 de abril del cuartel general de Vich en direccion de aquel punto, y aunque en el camino supo que los enemigos sin llegar á darle vista se habian retirado, continuó sin embargo su marcha hasta entrar en dicho pueblo con el objeto de revisar sus fortificaciones y dar las oportunas disposiciones para el repuesto de los víveres necesarios.

Algunas de las tropas de la primera division que mandaba el coronel D. Felipe Fleyres recorrieron los pueblos para cobrar contribuciones, y el 7 de abril sorprendieron la ciudad de Mataró, y sin el menor obstáculo entraron y permanecieron en ella el tiempo necesario para recaudar las que adeudaba aquel ayuntamiento, permaneciendo entretanto los franceses cerrados en el convento de Capuchinos que tenian fortificado, sin determinarse á dar cara á los nuestros.

Otro cuerpo de este primer ejército fué destinado á bloquear la villa de Olot, pueblo fortificado por los enemigos y de suma utilidad para ellos, porque les proporcionaba la posesion tranquila de un distrito abundante en subsistencias y recursos. El general Copons dispuso que parte de su caballería pasase á reforzar las tropas empleadas en esta operacion, y que dos batallones de infantería protegiesen el movimiento de los ginetes. El coronel frances Decrest á la cabeza de una fuerte columna quiso impedir el paso á las tropas españolas, empeñándose á las tres de la tarde del 30 de abril en las cercanías de Ridagua una reñida accion; mas á pesar del mayor número de los enemigos y de la tenacidad con que combatieron, logró abrirse pasó la caballería española y llegar á su destino, aunque con alguna pérdida, pero muy inferior á la de los franceses, los cuales tuvieron 200 hombres entre muertos y heridos y algunos prisioneros.

El coronel frances Marchal á la cabeza de 1,500 hombres se propuso atacar la brigada del coronel Llauder que se hallaba observando el fuerte de Olot, dirigiéndose para el Vall de Rivas. Llauder se adelantó á Ripoll, é hizo que sus tropas dejaran allí las mochilas, y sabiendo que los franceses habian ya entrado en Rivas, marchó rápidamente á su encuentro á las once de aquel mismo dia 7 de mayo, y á la hora y media tropezó con el enemigo que venia sobre Ripoll. Este hizo desplegar en batalla sus tropas y tomó posicion al frente é izquierda del puente de Corva: la caballería española se adelantó para imponer al enemigo y dar tiempo á que llegase el grueso de las fuerzas y reconocer sus posiciones; mas despues tuvo que retirarse á retaguardia de la infantería, por no permitirle maniobrar lo escabroso del terreno. Aprovechando el enemigo lo ventajoso de su posicion, atacó á

los españoles con todas sus fuerzas: los nuestros recibieron el ataque con firmeza, rechazaron á los contrarios, y tomando en seguida la ofensiva, la emprendieron contra los franceses con tanto denuedo, que desalojándolos de sus posiciones les hicieron emprender la retirada, siendo en ella perseguidos por los españoles hasta Dorria, al pié de cuyo pueblo cogió Llauder los últimos prisioneros con solo 50 hombres que pudieron seguirle y aguantar el cansancio y la fatiga de tan trabajosa jornada. Ocho horas duró el combate, y en él perdieron los franceses 252 prisioneros, mas de 500 muertos, una infinidad de dispersos que perecieron despues á manos de los paisanos, 11 cajas de guerra y mas de quinientos fusiles, pudiendo asegurarse que de los 1,500 hombres de que constaba la columna francesa, apenas llegaron á Dorria 300. Esta brillante victoria, una de las que mas honran al primer ejército español por haberse batido con fuerzas superiores enemigas, le valió años adelante á D. Manuel Llauder el titulo de marques del Valle de Rivas que hoy justamente goza.

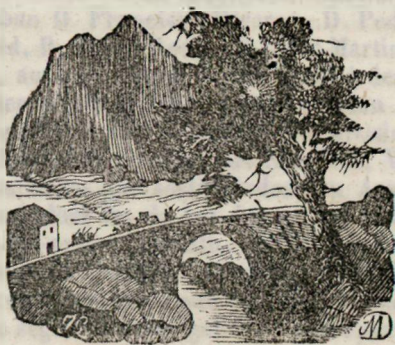


ATAQUE DEL VALLE DE RIVAS.

Los continuos descalabros sufridos por los franceses y el estado de sus asuntos en España, hacían á los de Cataluña esquivar cuanto podían los encuentros con nuestras tropas, por cuya razon desde noviembre del año anterior no habían intentado expedición alguna contra el campo de Tarragona; pero la escasez de viveres que experimentaban la guarnición de esta plaza y la del castillo del Coll de Balaguer los obligó á emprender una operación para socorrerlas. Para evitar encuentros con las tropas españolas, hicieron con el mayor sigilo todos los preparativos de la expedición, valiéndose para ello de cuantos medios les sugieran sus conocimientos militares. El general Decaen trasladó su cuartel general á Barcelona, y las tropas de la guarnición de esta ciudad se movieron hácia Villafranca, y aun atravesaron el Llobregat para alucinar al general español, mientras la división del general Lamarque marchaba desde Gerona la via de Barcelona, y dejando en Mataró 2,000 hombres para la expedición, retrocedía el resto á Gerona, verificándolo de noche para ocultar su contramarcha. Inmediatamente salió la expedición de Barcelona dirigida por el general Mathieu, en número de 6,000 infantes, 300 caballos y 5 piezas de artillería. El general Copons se hallaba en Vich, y luego que supo esta marcha reunió 3,000 infantes y 50 caballos, y partió el 12 de mayo dirigiendo personalmente esta división. Llegados los franceses á Reus, proveyeron al castillo de Balaguer y la plaza de Tarragona, mas sin atreverse á dividir sus fuerzas, temiendo á

los españoles apostados sobre el río Gaya en actitud imponente. Verificaron los enemigos sus operaciones con la mayor rapidez, deseando poder volver á Barcelona antes que los españoles reunieran fuerzas bastantes para hacerles frente. Con este fin el 15 de mayo salieron ya de Reus para Tarragona, y el 16 lo hicieron de esta plaza para Brañm: el 17 siguieron su marcha, dirigiéndola por el puerto de Roca de Eura y huyendo del camino real que pasa por Torredembarra, para evitar el horroroso fuego que á su paso para Tarragona les hicieran los buques ingleses. Copons situó sus fuerzas entre La Bisbal del Panadés y la carretera que va desde Villafranca al Vendrell, y al amanecer del 17 ocupó la cresta del Coll de Santa Cristina. Los movimientos del enemigo manifestaban bien que solo deseaba se le dejase pasar impunemente sin comprometer accion; mas el general español, reconcentrando sus fuerzas, destacó partidas por sus flancos para que insultándole en su marcha le obligasen á venir sobre los españoles, como en efecto lo verificó, siendo bizarramente rechazado en todos sus ataques, y completamente batido á las siete horas de accion, dejando en el campo mas de 800 muertos, y pagando caro el socorro introducido en Tarragona y Coll de Balaguer.

Todas las demas fuerzas de Cataluña continuaron en estos meses haciendo la guerra al enemigo con la misma actividad que antes, y obligándole á permanecer encerrado en las plazas y puntos fortificados. Los somatenes le perseguian sin cesar en todas direcciones, y Manso, Milans y los demas gefes de columnas sostuvieron continuos choques, los cuales, siendo parecidos á los muchos ya referidos en otras ocasiones, parece inútil entrar aqui en sus pormenores, particularmente no habiendo entre ellos ninguno muy señalado, por lo que bastará decir que con ellos, á mas de mantener el espíritu del Principado en el mismo estado de hostilidad contra el enemigo, se obligaba á este á no diseminar sus fuerzas, impidiéndole atender á los conflictos de sus compañeros en otras provincias, y ayudando de este modo los valientes del primer ejército á preparar los grandes acontecimientos del presente año. Todavía antes de ocuparnos de estos, tenemos que echar una ligera ojeada sobre los que en los mismos meses ocurrieron en el segundo ejército, único á que nos falta atender.



los españoles que se hallaban en el país en el momento de la independencia. Verdad es que los españoles que se hallaban en el país en el momento de la independencia, eran muy pocos, y que la mayor parte de ellos se hallaban en las ciudades de México y de San Juan de los Ríos. Los españoles que se hallaban en el país en el momento de la independencia, eran muy pocos, y que la mayor parte de ellos se hallaban en las ciudades de México y de San Juan de los Ríos. Los españoles que se hallaban en el país en el momento de la independencia, eran muy pocos, y que la mayor parte de ellos se hallaban en las ciudades de México y de San Juan de los Ríos.

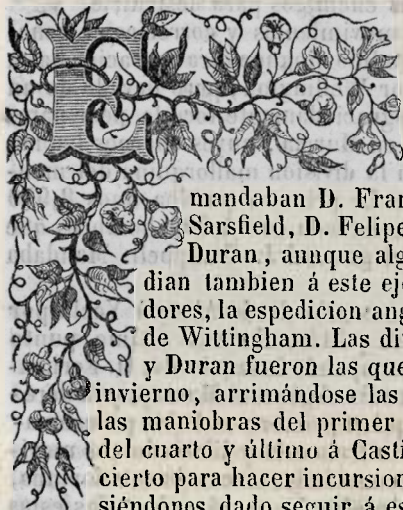
Todos los días de la independencia de España, continuaron en estos países haciendo la guerra al modo que se hacía en España. Los españoles que se hallaban en el país en el momento de la independencia, eran muy pocos, y que la mayor parte de ellos se hallaban en las ciudades de México y de San Juan de los Ríos. Los españoles que se hallaban en el país en el momento de la independencia, eran muy pocos, y que la mayor parte de ellos se hallaban en las ciudades de México y de San Juan de los Ríos.



Los españoles que se hallaban en el país en el momento de la independencia, eran muy pocos, y que la mayor parte de ellos se hallaban en las ciudades de México y de San Juan de los Ríos. Los españoles que se hallaban en el país en el momento de la independencia, eran muy pocos, y que la mayor parte de ellos se hallaban en las ciudades de México y de San Juan de los Ríos.

CAPITULO XLI.

Segundo ejército.—Varias correrías de sus divisiones.—Fuerzas anglo-sicilianas y mallorquinas—Proyecto del mariscal Suchet.—Accion de Yecla.—Malas disposiciones del general Elío.—Ataque de Villena.—Toman los franceses su castillo.—Combate en Biar.—Accion de Castalla.—Principia la gran campaña.—Fuerza del ejército de lord Wellington.—Empiezan los aliados sus movimientos.—Sale Wellington de Freineda.—Las divisiones de D. Carlos España y D. Pablo Morillo se unen al ejército anglo-portugues.—Pequeños encuentros con los enemigos.—Cooperacion del 4.º ejército español.—Llega Wellington á Salamanca.—Siguen los aliados su marcha, ahuyentando á los franceses de todos los puntos del tránsito.—Se distingue D. Julian Sanchez en la refriega de Morales.—Desconcierto de los franceses.—Estos abandonan y vuelan el castillo de Burgos.—Direccion de los enemigos.—Cruzan los aliados el Ebro.—Se reune á los ingleses la division de D. Francisco Longa.—Penalidades de los aliados en esta marcha.—Abandonan los franceses á Pancorbo y se dirigen á Vitoria.—Varios reencuentros ventajosos á los aliados.—Evacuan los franceses á Castro-Urdiales y otros puntos.—Situacion respectiva de los ejércitos.—Falsas suposiciones del general Hugo.—Abandonan los franceses por última vez á Madrid.—Numeroso convoy que llevan consigo.—El tercer ejército español pasa al reino de Valencia.—El conde del Abisbal se dirige á Castilla la Vieja con el ejército de reserva de Andalucía.—Fuerzas de ambos ejércitos beligerantes.—Designios de José Napoleon.—Carácter del mariscal Jourdan.—Irresolucion de Wellington.—Batalla de Vitoria.—Gran presa que hacen los aliados.—Gracias concedidas á lord Wellington y á su ejército.—Regalo al general Alava.



L segundo ejército á las órdenes de D. Francisco Javier Elío tenia por lo comun su cuartel general en Murcia, y apoyaba sus operaciones en las plazas de Cartagena y Alicante, consistiendo su fuerza en 34,900 hombres de infanteria y 3,400 de caballeria, distribuidos en seis divisiones que mandaban D. Francisco Miyares, D. Pedro Villacampa, D. Pedro Sarsfield, D. Felipe Roche, D. Juan Martin el Empecinado y D. José Duran, aunque alguna de ella cambió despues de gefe. Correspondian tambien á este ejército, y permanecian en Alicante y sus alrededores, la espedicion anglo-siciliana y la division mallorquina del mando de Wittingham. Las divisiones de Sarsfield, Villacampa, el Empecinado y Duran fueron las que sosteniéndose en Aragon guerrearón mas en el invierno, arrimándose las de los dos primeros á Cataluña para favorecer las maniobras del primer ejército, la del tercero á Soria y Navarra, y la del cuarto y último á Castilla la Nueva, poniéndose á veces todas de concierto para hacer incursiones que distraian al enemigo y le hostigaban. No siéndonos dado seguir á estos gefes en sus operaciones, limitarémos á indicar algunas de ellas.

El 11 de abril atacó el general Sarsfield una columna enemiga que marchaba hácia el partido de Borja, y empeñada la accion en las cercanias de Magallon, causó á los franceses considerable pérdida entre muertos, heridos y prisioneros, obligándolos despues á encerrarse en Mallen. Reforzados los enemigos, presentáronse al

dia siguiente con fuerzas superiores enfrente de Magallon, y atacaron impetuosamente á Sarsfield; mas este, auxiliado por sus grandes conocimientos militares, consiguió rechazar la embestida y replegarse casi sin pérdida.

Resueltos los enemigos á destruir esta division, volvieron á buscarla el dia 15. No pudiendo resistir el gefe español las fuerzas que sobre él iban, tomó posicion en Borja, en donde se empeñó á las dos de la tarde un vivo fuego, que duró cuatro horas y media, durante las cuales fué Sarsfield tomando diferentes posiciones retrógadas y retirándose hábilmente sobre Tarazona, en donde entró al anochecer, siendo de elogiar tanto la destreza del general, como la serenidad y disciplina con que ejecutó nuestra tropa esta difícil operacion en presencia de un enemigo superior en fuerzas y tan aguerrido como el frances.

Hallándose el Empecinado con parte de su division en Castilla la Nueva, supo que los enemigos se habian por sorpresa apoderado de 500 españoles, y deseando librarlos, dirigióse á buscar al enemigo, con el cual, á pesar de la superioridad de sus fuerzas, tuvo un choque el 2 de febrero junto á Medinaceli. A las ocho de la mañana del siguiente dia cargaron los franceses con mayores fuerzas la derecha de la posicion del Empecinado con el fin de abrirse paso hácia Sigüenza, logrando introducir algun desórden en las tropas que la formaban; mas volviendo estas luego á recobrar su serenidad, y reforzadas en su posicion, tomaron la ofensiva y obligaron á los contrarios á pronunciarse en desórden y huir precipitadamente, dejando cubierto de cadáveres el campo de batalla.

No permanecia tampoco ocioso Duran en este tiempo. Al principiar marzo pasó dicho gefe á Navarra, y el 15 del mismo intentó el enemigo envolverlo estando situado con una parte de su gente enfrente de Ribafrecha. Diferentes movimientos ejecutados por Duran con destreza y celeridad, le dieron tiempo para recibir refuerzos, y con ellos batió completamente á los franceses, persiguiéndolos con el mayor encarnizamiento por el mismo camino que habian traído.

Varias otras refriegas tuvieron estas divisiones, hostigando siempre al enemigo por todas partes y molestándole hasta en el mismo Madrid, á cuyas puertas acercábase el Empecinado como lo hacia antes, interceptando las comunicaciones con los pueblos mas vecinos á la capital, y burlándose de continuo de cuantos ardidés y evoluciones ponian en juego los generales enemigos para destruirle.

Mejor hubiera sido que satisfecho con estos movimientos y correrías el general en gefe del segundo ejército, no hubiera emprendido ninguna otra operacion hasta que se abriese la campaña general proyectada por Wellington; pero llevado de un errado cálculo, empeñóse en refriegas de que desgraciadamente tocó la peor parte á las divisiones de este ejército que se alojaban en Murcia, cuyos cuerpos habian principiado á moverse en marzo, de acuerdo con la division mallorquina del mando de Wittingham y la expedicion anglo-siciliana. La primera contaba unos 8,950 infantes y 1,167 caballos, hallándose la última reforzada con 4,000 hombres que en diciembre anterior habia traído de Palermo el general J. Campbell. Mandaba ahora esta division sir Juan Murray.

Avanzando los aliados, formaron una línea que corria desde Alcoy á Yecla por Castalla, Biar y Villena, conservando tropas en Sax y Elda. En este último punto estaba el general Roche con su division; en Yecla, ocupando la izquierda, D. Fernando Miyares; Castalla, que hacia el centro, la guarnecía el general Murray; y la derecha, Alcoy, la cubria D. Santiago Wittingham, quien primero se habia posesionado en 15 de marzo de aquel pueblo, arrojando á los franceses y dilatando sus movimientos hasta Concentaina, en donde hizo un reconocimiento con buena fortuna, causando al enemigo mas de 100 hombres de pérdida. La reunion de todas estas tropas, su posicion imponente y el temor de que se engrosasen cada vez mas, obligaron á Suchet á estar muy prevenido y dispuesto á no perder ocasion para precaver los proyectos que pudieran abrigar los españoles. Creyó el mariscal frances llegado el momento oportuno de cumplir sus deseos en los primeros dias de abril, despues de bien informado de la distribucion de las tropas de los aliados,

y de cuales eran mas débiles por su organizacion y disciplina. Segun sus noticias, le pareció hallarse en este caso las de la division española en Yecla á las órdenes de Miyares, y pensó aprisionarla toda entera, en atencion á la distancia que la separaba de los otros cuerpos. Para la ejecucion de este plan, entresacó lo mas florido de su gente, reuniéndola el 10 de abril por la noche en Fuente la Higuera, en cuyo punto, dividiéndola en dos trozos, mandó marchase la vuelta de Villena uno de ellos, en donde él iba, compuesto de la brigada del general Habert y de otras fuerzas, entre las cuales se contaba mucha caballeria; y que el otro, formado de la division que dirigia Arispe, cayese rápida y silenciosamente sobre los españoles situados en Yecla. No pudieron los franceses efectuar su movimiento con tanto silencio que no fuesen sentidos de los nuestros, los cuales al aparecer aquellos emprendian ya su marcha en direccion de Jumilla. Miyares no tenia apenas consigo 4,000 infantes, siendo muy pocos sus caballos; mas á pesar de eso opuso una bizarra resistencia al impetuoso ataque que le dieron los franceses en la mañana del 11, empenándose la refriega dentro del mismo pueblo, aun no evacuado del todo, cuyas calles defendieron á palmos los regimientos de Burgos y de Cádiz, replegándose en seguida á una ermita cercana. Reunida entonces nuestra division, se fué retirando de loma en loma, disputando tenazmente cada puesto, hasta que impaciente Arispe, y resuelto á desordenar á los españoles, cargó con impetuosidad sobre nuestro centro, que cansado ya de tanto pelear por camino tan penoso, perdió su serenidad, flaqueando en tales términos, que rota la línea, cundió el desánimo, echándose unos atras precipitadamente y arrojándose otros al llano. Aqui se sostuvieron los nuestros bastante rato lidiando como valientes; pero rodeados y opresos, muertos y heridos muchos, tuvieron los demas que sucumbir á las superiores fuerzas de los contrarios, quedando prisioneros unos 1,000 españoles, entre ellos 68 oficiales y el coronel don José Montero.

Suchet permaneció en Caudete, ya para reforzar si era necesario á los suyos de Yecla, ya para impedir cualesquiera socorros que enviasen Murray y Elío. Continuó en aquel sitio, hasta que adelantándose á explorar su estancia la caballeria inglesa, movióse el frances á la caída de la tarde y llegó á Villena despues de oscurecer. Los ginetes británicos se retiraron á su avance, como dictaba la prudencia; mas Elío, desoyendo las juiciosas instancias que se le hicieron, dejó en el antiguo y mal fortificado castillo de aquella ciudad, sito en la cumbre del cerro llamado de San Cristóbal, al batallon de Velez-Málaga que mandaba su coronel D. José Luna. Creyó equivocadamente que se hallaba este provisto de suficientes municiones de boca y guerra para mantenerse firme durante dos ó tres dias, y sobre todo que el enemigo no le acometeria antes que despuntase el dia 12: persuasion temeraria, tratándose de tropas tan audaces y arrojadas como las del imperio. Estas empezaron inmediatamente á cañonear las puertas, las cuales rompieron luego, y entrando en Villena, obligaron á capitular á los del castillo en número de 1,000 hombres.

Orgullosa Suchet con sus triunfos, pensó completarlos atacando el mismo dia 12 á los ingleses. Tenian estos su vanguardia acaudillada por Federico Adam en el puerto y angostura de Biar, con orden de retirarse á Castalla despues de disputar el paso á los contrarios. Asi lo verificó aquel, batiéndose con firmeza y no replegándose hasta el anochecer, en cuyo acto tuvo que abandonar dos cañones de montaña. La pérdida por ambas partes fué de poca consideracion.

Dueños los enemigos de Biar, acampáronse á la salida que va á Castalla, en donde engreidos con la buena suerte que hasta allí habian tenido, esperaban aumentar sus lauros al dia siguiente y gloriarse en la derrota de los ingleses, que era su principal deseo. El desaliento, compañero casi inseparable de los desastres, no llegó á posesionarse del general ingles Murray, antes bien, determinado este á dar cara al enemigo, esperóle tranquilamente. Preparándose al efecto, colocó la division mallorquina de Wittingham con la vanguardia regida por el coronel Adam en una altura á la izquierda, de penosa subida, la cual termina en Castalla, poblacion situada al pié de un monte coronado por un castillo, y la cual estaba rodeada por la division del general Macken-

zie y un regimiento de la de Clinton. La restante fuerza de este se estendia por la derecha, resguardada por las montañas, teniendo de reserva tres batallones de la gente de D. Felipe Roche. Contribuian tambien á la defensa varias baterías construidas por los aliados hácia esta parte al frente del castillo. El general Elio, que se habia retirado á Petrel con algunos batallones despues de lo acaecido en Villena, no acudió á tomar parte en la accion que se preparaba.

Al amanecer del 15, desembocando el enemigo de las estrechuras de Biar, desplegó sus fuerzas por la hoya de Castalla. Ascendian estas á 48,000 infantes y 4,600 caballos. No inferiores los nuestros en número, lo eran mucho en los ginetes. Suchet empezó el combate explorando el campo y enviando hácia Onil la caballería, y siendo su principal conato trastornar la izquierda de los contrarios, destacó 600 tiradores mandados por el coronel d'Arbod, para que trepando por la posición arriba, la envolvesen y dominasen. Al mismo tiempo amagó el mariscal frances á los aliados por todo lo largo de la línea. Esta doble operación puso á los nuestros en algun riesgo, debilitada la izquierda por la ausencia momentánea de D. Santiago Wittingam, que habia ido poco antes á hacer un reconocimiento; pero la oportuna llegada de D. Julian Romero procedente de Alcoy con algunas fuerzas, reprimió la audacia de los enemigos, que con su acostumbrado arrojo subian ya á las cimas. Wittingham por su parte, luego que supo lo que ocurría, corrió tambien á su puesto, y él y Adam y los demas gefes arrollaron á los acometedores, quedando muerto el coronel d'Arbod. Observando Suchet el descalabro de los suyos, envió para apoyarlos al general Robert con 4 batallones, mas no tuvieron estos mejor suerte, bajando todos ellos la montaña, enrojeciéndola con su sangre. Wittingham y Adam, presentes siempre en los puntos de mayor peligro, alentaban con su ejemplo á las tropas, españolas en su mayor parte, ejecutando lo mismo y con igual denuedo en las cumbres, Romero, Casas, Campbell, Casteras y el teniente coronel Ochoa, no debiendo en justicia particularizarse á ninguno, pues todos sobresalieron á cual mas en valor, impetuosidad y destreza. Tampoco fué feliz el frances en su amago contra el centro y derecha de los anglo-sicilianos; por lo que recogiendo Suchet su gente la apostó en escalones, apoyándola por retaguardia en la division del general Arispe, y defendiéndola por el frente con la artillería que colocó en las entradas del camino de Biar.

Entonces Murray, mas alentado con el triunfo obtenido, resolvió avanzar, y lo hizo en dos líneas, dejando en las alturas las tropas de su izquierda, y cubriendo su derecha con la caballería. Intimidado Suchet, no se detuvo en la hoya ó valle, sino que, con el desaliento propio de la derrota, volvió á cruzar por la tarde el mismo desfiladero que triunfante y con alegres esperanzas habia atravesado por la mañana. Siguió el frances su retirada hácia Villena, sin parar hasta Fuente la Higuera y Onteniente, volviéndose los aliados, anohecido ya, á sus estancias de Castalla. Perdió el enemigo en esta jornada mas de 4,000 hombres y los aliados 670, la mayor parte españoles, como que sostuvieron lo mas glorioso de la accion, desquitándose de los golpes recibidos en los dias anteriores. El mariscal frances, para cubrir su descalabro y vergüenza, fué presentando con cuidadoso estudio por los caminos de Valencia y Cataluña á manera de trofeo, los prisioneros de Villena y Yecla: ardid imponente para ocultar los reveses de la fortuna, que declarada ya contra las armas francesas, se disponia á multiplicar sus derrotas por todas partes.

Para experimentarlas en Alemania, despues de algunos lucidos pero cortos intervalos, habia salido de Paris el emperador de los franceses el 15 de abril. Wellington por su parte se puso en movimiento hácia mediados de mayo, con ánimo de abrir la memorable campaña que iba á decidir entre nosotros la suerte de la Peninsula y los destinos de la Europa entera.

Al dar comienzo el caudillo británico á sus operaciones, tenia bajo sus inmediatas órdenes 48,000 hombres de su nacion y 28,000 portugueses, y ademas las divisiones españolas del 4.º ejército que se alojaban á su derecha, con las que del mismo permanecian en el Bierzo y Asturias, ascendiendo juntas á 26,000 com-

batientes. Los aliados empezaron su marcha por este orden. La caballería, que habia invernado en los alrededores de Coimbra, púsose en movimiento por Oporto á Braga para pasar desde allí á Braganza, donde debia darse la mano con la izquierda de los suyos acaudillada por sir Thomas Graham, quien cruzó el Duero en Portugal, cerca de Lamego, maniobra que se practicó sin que los franceses la barruntasen, proveyéndose los aliados fácilmente de barcas sin escitar sospechas, por la abundancia que de ellas habia con motivo de haber los ingleses habilitado para su abastecimiento la navegacion del Duero hasta donde el Aguada descarga en él sus aguas. Colocadas así á la derecha de aquel rio cinco divisiones de infantería y dos brigadas de caballería, sobrecojieron á los enemigos, los cuales se figuraban vendrian sus contrarios solo por la izquierda. No dejaron por eso los aliados de encontrar tropiezos en su marcha, ofreciéndoselos con frecuencia lo escabroso del pais y las estrechuras de los caminos; mas todo lo venció la perseverancia británica. Asegurada la izquierda, y amagado el frances por la derecha del Duero, alzó Wellington sus reales á la propia sazón, saliendo de Freineda el 22 de mayo, asistido de dos divisiones inglesas, otra portuguesa y alguna fuerza de caballería. Juntósele luego en Tamames la mayor parte de la segunda division española al mando de D. Carlos España, el cual dejó la restante en Ciudad-Rodrigo, perteneciendo á los que se agregaron á Wellington la caballería de D. Julian Sanchez. Todas estas fuerzas se dirigieron al Tórmes, via de Salamanca. Sobre el mismo rio, pero del lado de Alba, formando la derecha, movióse sir Rowland Hill, y con él la primera division española que regia D. Pablo Morillo, el cual venia de la Estremadura, habiendo pasado los puertos que la dividen de Leon y Castilla.

Disponíase los enemigos á contrarestar la marcha de los aliados, reunidos en Castilla la Vieja los ejércitos suyos llamados del centro, mediodía y norte, á cuyo frente estaba, como antes dijimos, José en persona, con su cuartel general en Valladolid. Aunque frustrado su primer intento, que era defender el paso del Duero, por la diligencia con que los aliados se pusieron á su derecha, no abandonó sin embargo aquella linea sin sostener algunos choques, todos de poca monta. El general Villatte, que guarnecia á Salamanca con tres escuadrones, abandonó la ciudad al aproximarse Wellington, colocándose en unas alturas inmediatas, de donde le arrojaron el general Fane atravesando el Tórmes por el vado de Santa Marta, y el general Alten que lo verificó por el puente. Villatte perdió municiones, equipages y muchos hombres entre muertos y heridos, con 200 prisioneros. Retiróse por Encina á Bilafuente, uniéndosele cerca del lugar de Huerta un cuerpo de infantería y caballería procedente de Alba de Tórmes, de cuyo punto los habia echado D. Pablo Morillo, cruzando el rio con gran valentia, y distinguiéndose al posesionarse del puente los cazadores de la Union y Doyle.

El centro del cuarto ejército español, antes sexto, acantonado en el Vierzo, y la quinta division tambien suya situada en Oviedo concurren, segun hemos insinuado, al movimiento general y de avance. Preparábase el 29 de mayo el general D. Pedro Agustin Giron, que mandaba en gefe en ausencia de Castaños, á celebrar el 30 en Campo Naraya los dias del rey Fernando por medio de paradas y simulacros guerreros, cuando recibió orden de Wellington para marchar inmediatamente sobre Benavente y ponerse en contacto con la izquierda del ejército aliado, esquivando toda refriega con el enemigo, por no querer el duque de Ciudad-Rodrigo que se empeñara ninguna que no fuera general y de concierto. Cumpliendo Giron prontamente lo que se le encargaba, entró el 2 de junio en Benavente. Vadearon sus tropas el Esla al amanecer del 3 en Castro-Pepe y Castillo, por haber destruido los enemigos el puente de Castro Gonzalo, y llegaron por la noche á Villalpando, en donde descansaron el 4, agregándose allí la quinta division que venia de Asturias, mandada por D. Juan Diaz Porlier. El orden observado por nuestras tropas en estas marchas, mostró bastante bien lo mucho que habian aprovechado en la instruccion y disciplina recibidas durante el invierno.

Hacia estas partes y derecha del Duero habíase dirigido ya, no solo la izquier-

da inglesa capitaneada por el general Graham, sino tambien el centro dirigido por Wellington en persona. Este descansó en Salamanca dos dias, reuniendo su centro y derecha entre el Tórmes y el Duero inferior. Marchó el 29 la vuelta de Miranda, ciudad de Portugal fronteriza á las márgenes del último rio, cuyas aguas cruzó por aquí el general ingles acompañado solo del centro, que se juntó el 30 con la izquierda en Carvajales: todos los puentes, escepto el de Zamora, habian permanecido destruidos desde la retirada del ejército británico en el otoño, ó habianlo sido de nuevo por el enemigo cuando se hallaban reparados. Trataron en seguida los ingleses de pasar el Esla, tributario del Duero, por un vado próximo al mismo Carvajales; pero encontrándolo difícil, echaron un puente y lo verificaron el 31.

Desprevenidos los franceses, no tenian en aquellas orillas sino un piquete, el cual no pudo apenas oponer resistencia. Los aliados ejecutaron sus movimientos con tanta celeridad y precauciones, que el enemigo los ignoró del todo, siendo ya tarde para sostener la linea del Duero cuando se apercibió del sábio y bien combinado plan de Wellington: en consecuencia, inhabilitaron las tropas francesas en Zamora el puente que habian conservado reparado retirándose de aquella ciudad, en donde entraron á poco los aliados, trabándose despues en Morales, vía de Tordesillas, un choque en que los franceses sufrieron bastante pérdida, y en que D. Julian Sanchez tuvo ocasion de manifestar su inteligencia y el brio de su lucida caballeria.

Hizo alto en Toro Wellington para dar tiempo á la reunion de toda su gente, y tambien para que pasasen el Duero las tropas de su derecha dirigidas por sir Rowland Hill. Ejecutóse todo como deseaba, hallándose ya en comunicacion, y aun en inmediato contacto, el ejército de Galicia ó sea centro del cuarto español, cuyos reales se fijaron en Cuenca de Campos el 6 de junio, dia en que los de lord Wellington se establecieron en Ampudia, pueblo vecino.

Cruzado el Duero por los cuerpos que ocupaban antes la izquierda, y correspondiéndose ya todos entre sí, prosiguió su marcha el general ingles, dejando en Zamora municiones y efectos de guerra, y para su custodia á la segunda division española que tenia tambien gente suya repartida en Ciudad-Rodrigo, Salamanca y Toro. Una irrupcion tan súbita desalentó bastante á los franceses, indicando sus medidas, á mas de apresuramiento, subresalto y dudas.

Distribuidas ahora sus fuerzas entre Valladolid, Tordesillas y Medina, retiráronse detras del Pisuerga, cuyo rio abandonaron tambien, marchando en lineas convergentes camino de Burgos. El intruso se trasladó igualmente allí seguido de sus tropas, estrechadas cada vez mas por Wellington, quien atravesando el Carrion el 7 y adelantando su izquierda en los dias 8, 9 y 10, cruzó tambien el Pisuerga, marchando pausadamente el 11 y dando el 12 descanso á sus tropas, escepto las de la derecha, á las cuales ordenó avanzar á Burgos y reconocer la situacion del enemigo, con deseos de obligarle á que desamparase el castillo, ó bien á que para defenderle reconcentrase allí sus fuerzas. Al desempeñar el general Hill esta comision, vió á los enemigos apostados en unas alturas próximas al pueblo de Hormaza, con el costado izquierdo enfrente de Estepar. Atacólos inmediatamente, mas ellos se echaron atras, aunque en el mejor orden, sin ser bastantes á descomponerlos las repetidas descargas de la artilleria volante dirigida con destreza por el mayor Gardiner. Perdieron, sin embargo, los franceses varios prisioneros y un cañon, tras lo cual se situaron en las riberas de los rios Arlanzon y Urbel, que con las lluvias habian cogido mucha agua, retirándose de aquel puesto durante la noche, despues de haber evacuado á Burgos el 14 de junio.

Verificáronlo asi, estrechados constantemente y muy de cerca por los aliados, los cuales llevaban casi siempre abrazada la derecha enemiga. Hostigábalos por la opuesta D. Julian Sanchez y varios guerrilleros que habian acudido á hacer mas penosa y apurada la retirada del enemigo, impidiéndole salir á buscar recursos por los pueblos inmediatos. Abandonaron los franceses el castillo de Burgos, desfortaleciéndolo antes y destruyéndolo con la esplosion de muchas minas, habiéndose incendiado por el aturdimiento del oficial encargado de la operacion una

cantidad considerable de bombas y proyectiles, antes que la última columna del ejército francés hubiese evacuado enteramente la ciudad. La explosión fué horrosa, despidiendo una lluvia de bombas y balas sobre las tropas enemigas que iban aun desfilando, pereciendo de sus resultas y entre los escombros del castillo tres compañías de infantería y muchos individuos sueltos, no bajando la pérdida total de 300 hombres. En la ciudad tuvieron también los vecinos que lamentar los efectos de tan funesta catástrofe, padeciendo mucho con el estremecimiento la catedral y otros varios edificios.



VOLADURA DEL CASTILLO DE BURGOS.

167 Asi desapareció el castillo de Burgos, cuyos imperfectos muros habían detenido el año anterior los triunfos del ejército aliado, eclipsando en cierto modo la gloria de Wellington, el cual debió ahora á los enemigos lo que antes se había resistido á todos sus esfuerzos.

El rey José, al evacuar á Burgos, tomó la ruta de Vitoria, yendo por Pancorbo y Miranda de Ebro, con ánimo de trasladarse al otro lado de este rio, para asegurar mejor la estancia de su ejército, aproximándole á la raya de Francia, y reforzándole además con el suyo del Norte y demas tropas diseminadas por aquel distrito. Conocidos sus intentos por el duque de Ciudad-Rodrigo, puso este su conato en frustrarlos, y en aprovechar luego la primera oportunidad de batirle con ventaja. Para asegurar su proyecto, continuó el caudillo británico en el mismo plan de marchas y movimientos que desde un principio había trazado. Firme en él, dispuso que su izquierda siguiése maniobrando para amagar siempre por la derecha enemiga, y tomarle en ocasiones la delantera. Asi fué que dicha izquierda buscó la ribera alta del Ebro para pasarle, marchando á su derecha no muy lejos con el centro Wellington, y despues por la izquierda de la carretera que va á Pancorbo y Miranda el general Hill. Sobre el Ebro ya todo el ejército, cruzaron este rio el 14 por Poyentes los españoles del mando de D. Pedro Agustin Giron, los cuales formaban el extremo del costado de Graham, cuyo general lo pasó también el mismo dia por Martin de Linés. Las demas tropas aliadas, con Wellington é Hill á la cabeza, atravesaron el Ebro el 15, unas por los mismos puntos que Graham y los españoles, y las restantes por Puente de Arenas, en la merindad de Valdivieso. Puesto en movimiento todo el ejército al dia siguiente, dirigieron los ingleses sobre la derecha, recibiendo orden los españoles de tomar á la izquierda, para ir por el Valle de Meua á Valmaseda, adonde llegaron el 18. En Medina de Pomar agregóse al general Graham D. Francisco Longa con su division.

196 Esta marcha fué muy penosa, especialmente en los últimos dias, pues los caminos, de suyo ásperos é impracticables para los carruages, lo estaban ahora mas con las copiosas lluvias que habian sobrevenido, teniendo muchas veces los gastadores que abrir paso no solo para la artilleria, sino hasta para el mismo soldado. Los viveres escasearon, y apenas hubo clase de molestia que no concurriera á apurar al ejército; pero la constancia de este superó todas las fatigas, halagado por la esperanza del próximo triunfo.

La rapidez de los aliados y el verlos al otro lado del Ebro, azoró nuevamente al frances, desbaratando su pensamiento de defender el paso de aquel rio. Eso le hizo abandonar el 18 con todo el grueso de su ejército á Pancorbo, dejando solo unos mil hombres de guarnicion en Castillo, y encaminándose los demas á Vitoria. Al avanzar los aliados, tenian de observacion los franceses algunos cuerpos apostados en Frias y en Espejo, que se replegaron el mismo dia 18 á San Millan y á Osma de Alava. A los primeros los atacó el general Alten y los ahuyentó, cogiéndoles 300 prisioneros: el general Graham obligó á los últimos á retirarse, y el mismo Wellington asistido de Lowry Cole atacó el 19 á la retaguardia francesa situada en Subijana, obligándola á desamparar su puesto y á refugiarse al grueso de su ejército que venia de Pancorbo. La repentina aparicion de los aliados en las montañas de Alava y Vizcaya, y el haberse aproximado á Bilbao, encontrándose ya en Balmaseda el centro del cuarto ejército español bajo las órdenes de D. Pedro Agustin Giron, puso á los enemigos en la necesidad de reconcentrar todas sus fuerzas de aquellas partes, conservando únicamente los puntos mas importantes, y abandonando los demas. Con este propósito, embarcaron los franceses con premura el 22 de junio la guarnicion de Castro-Urdiales, trasladándola á Santoña, cuyo punto avituallaron competentemente, dejando tambien libre á Guetaria, y manteniendo solo á Bilbao, donde estaban los italianos que Palombini, ahora ya ausente, habia traído de Castilla. Bloqueaba en la actualidad á Santoña D. Gabriel de Mendizabal con parte de la séptima division del cuarto ejército, ó sea batallones de las provincias Vascongadas.

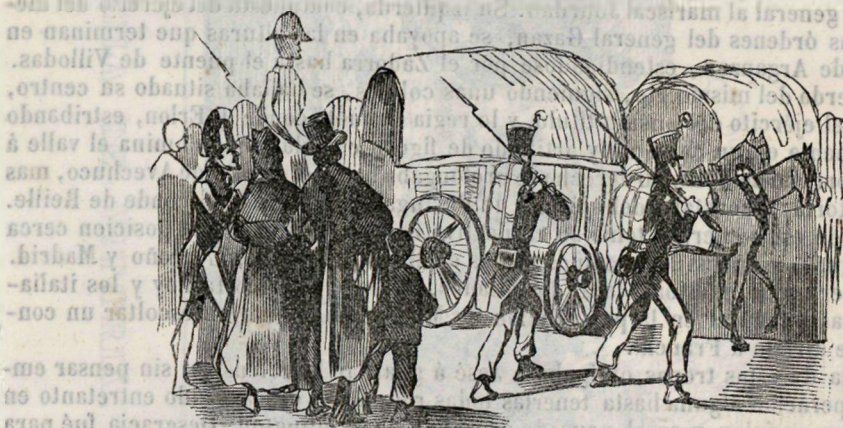
En estas circunstancias deseaba Wellington trabar batalla, y para empeñarla reconcentró sus fuerzas un tanto desparramadas, haciendo venir sobre Vitoria las tropas de su izquierda que se hallaban en Balmaseda. Tenia el general ingles su centro y sus cuarteles el 20 en Subijana de Morillas, no lejos de su derecha, y todo el ejército ansiaba animosamente la pelea. A la sazón ocupaban ya los franceses mandados por José las orillas del Zadorra y cercanias de Vitoria.

El deseo de no interrumpir el relato de la marcha del ejército aliado, tan hábilmente dirigida por Wellington, nos ha hecho dejar atras algunos sucesos ocurridos por el mismo tiempo, y cuyo conocimiento se hace necesario para la cabal inteligencia de la historia. Por lo mismo, mientras los grandes ejércitos beligerantes se disponen á combatir, echaremos una rápida ojeada sobre la evacuacion de Madrid y sobre las ocurrencias habidas con este motivo.

Luego que José salió de aquella capital en marzo último, fueron sucesivamente retirándose muchas de las tropas francesas que allí habia, quedando muy pocas en Castilla la Nueva. El conocimiento de su propia debilidad amenguó forzosamente el orgullo frances, obligándole á tratar con menos dureza á los vecinos, aunque no por eso dejó de gravarlos con contribuciones estraordinarias y pesadas. Mandaba últimamente en Madrid el general Hugo, y á este tocó evacuar definitivamente la capital del reino. Dicho general refiere en las Memorias que ha escrito lo que entonces le acaeció, y entre otras cosas cuenta que poco antes de su salida habiansele hecho proposiciones, de que tuvo noticia José, con arreglo á las cuales ofrecia pasarse á las banderas del intruso un cuerpo entero del ejército español. Hemos apuntado esta idea, á la cual distamos no poco de dar crédito, solo para llamar la atencion de los que al leer dichas Memorias pudieran abrigar alguna duda en menoscabo del buen nombre de nuestro ejército, pues por lo demas creemos escusado detenernos en su impugnacion, cuando á la nunca desmentida honradez de los gefes del ter-

cer ejército, dirigido entonces por el constante patriota y digno liberal duque del Parque (á cuyo ejército es al único que por su inmediacion á la capital puede aludir el general frances), se unia el estado próspero de nuestras armas, formando un singular contraste con el abatido en que se encontraban las enemigas; circunstancias bastantes por sí solas para destruir tan injuriosa suposicion, á cuyo autor todo el mayor favor que se le puede hacer es creer que fué sorprendido en su buena fé por algunos falsos negociadores (1).

El 27 de mayo quedó evacuada del todo la capital y libre por última vez del yugo del invasor, precediendo el 26 la salida de un numerosísimo convoy en que iban, á mas de los comprometidos con José, las preciosidades y enseres productos del despojo que los franceses habian hecho de los establecimientos militares, científicos y de bellas artes, y de los palacios y archivos: despojo que comenzó en 1808, y estendido á Toledo, al Escorial y demas puntos que encerraban objetos de valor y estima, fué esta vez mas completo, pues previendo el general Hugo que seria el último, no perdonó nada su codicia. Muchos de los objetos de bellas artes y de los documentos estraidos en aquel tiempo del archivo de Simancas, los perdió para siempre la España, debiendo justamente añadirse este sensible acontecimiento al largo catálogo de males que en todos tiempos nos ha causado la nacion vecina.



EVACUAN LOS FRANCESES DEFINITIVAMENTE Á MADRID.

Luego que salieron los últimos franceses de Madrid el citado 27 de mayo, entraron allí varias partidas de guerrillas, volviendo tambien las autoridades legítimas, sin ocurrir entonces suceso alguno digno de ocupar lugar en la historia.

El general Hugo, despues de una marcha penosa y rodeada de peligros, logró juntarse con el ejército de José en Valladolid, salvando entonces todo el convoy que custodiaba, del cual pereció despues una parte en la batalla de Vitoria.

La evacuacion de Madrid permitió disponer del tercer ejército que se hallaba en la Mancha, y tambien del de reserva de Andalucía dirigido todavia por el conde del

(1) El conde de Toreno, que por su larga permanencia en Paris y sus estensas relaciones con los mismos generales franceses que hicieron la guerra de España, tuvo ocasion de instruirse en muchos pormenores desconocidos de otros historiadores, al llegar á este pasage dice: «Nosotros hemos tratado de apurar la verdad del hecho, y ni siquiera hemos hallado el menor indicio ni rastro de tan estraña negociacion; y eso que nos hemos informado de personas imparciales, muy en disposicion de saber lo que pasaba.....—Toreno: *Revolucion de España*, tomo III, libro 22, página 233.»

Abisbal. El primero partió por disposición de Wellington la vuelta de Valencia, y el 6 de junio se unió en Alcoy y Concentaina al segundo ejército, destinados ambos á maniobrar en términos de impedir á Suchet destacase fuerzas contra las tropas combinadas que lidiaban en el Ebro, sin perjuicio de que mas adelante se reuniese con estas mismas, segun lo verificó. El segundo salió de Andalucía, y por la via de Estremadura dirigióse á Castilla la Vieja. Llegó allí cuando los aliados estaban muy avanzados y en retirada los franceses, penetrando en Burgos el 24 de junio. Lord Wellington puso á su cuidado el asedio del castillo de Pancorbo, en donde los franceses, segun apuntamos antes, habian dejado 1,000 hombrés de guarnicion.

Reconcentradas ya las fuerzas de la Peninsula, amigas y aliadas, aproximémosnos á examinar sus grandes operaciones.

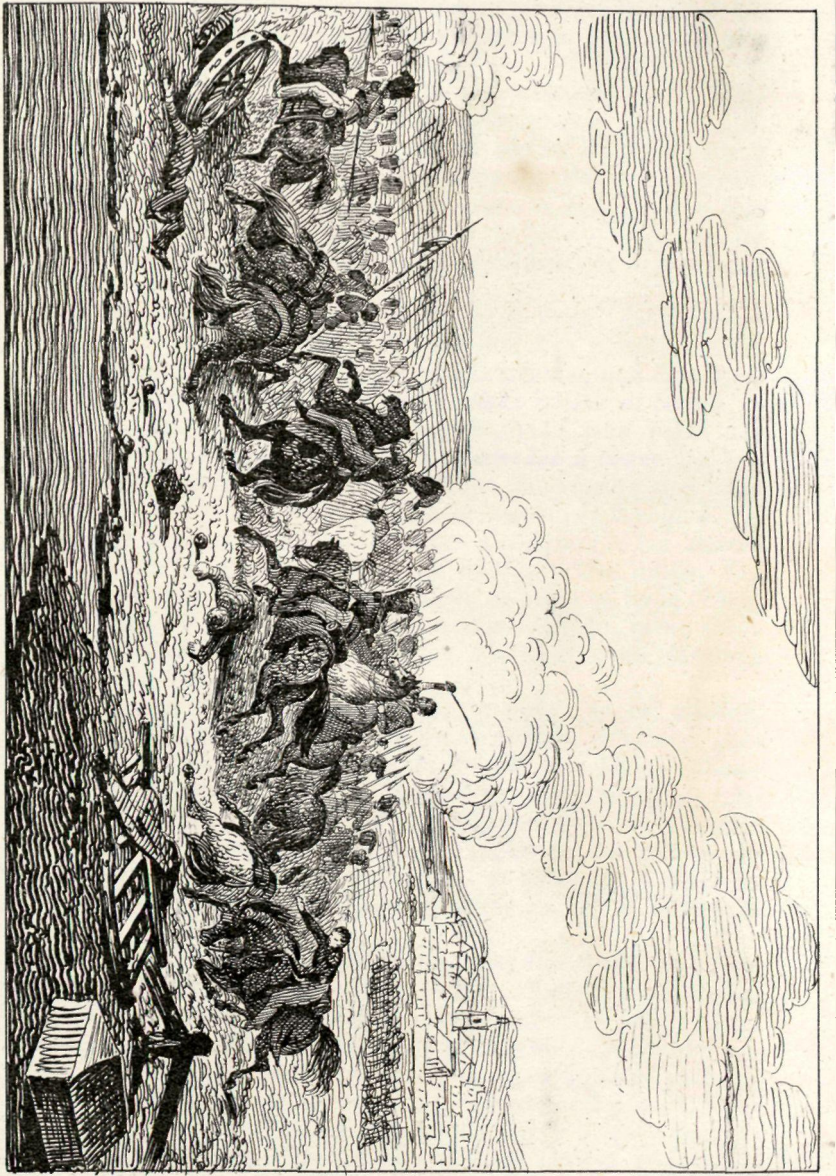
Dejamos á los ejércitos combatientes dispuestos á trabar batalla en las inmediaciones de Vitoria, ciudad de 11 á 12,000 habitantes, situada en terreno elevado y en medio de una llanura de dos leguas, terminada de un lado por ramales del Pirineo, y del otro por una sierra de montes que divide la provincia de Alava de la de Vizcaya. Tenian los aliados reunidos, sin contar la division de Don Pablo Morillo, y las tropas españolas mandadas por el general Giron, 60,440 hombres, 35,000 ingleses, 25,550 portugueses, y de ellos 9,290 de caballeria. La sesta division inglesa en número de 6,500 hombres se habia quedado en Medina de Pomar.

Digimos antes que los franceses estaban mandados por José en persona, teniendo por mayor general al mariscal Jourdan. Su izquierda, compuesta del ejército del mediodía á las órdenes del general Gazan, se apoyaba en las alturas que terminan en la Puebla de Arganzon, estendiéndose por el Zadorra hasta el puente de Villodas. A la izquierda del mismo rio, siguiendo unas colinas, se hallaba situado su centro, formado del ejército del mismo titulo, y lo regia Drouet, conde d' Erlon, estribando principalmente en un cerro muy artillado de figura circular, que domina el valle á que el Zadorra da nombre. Su derecha se prolongaba hasta el pueblo de Avechuco, mas allá de Vitoria, y constaba del ejército de Portugal dirigido por el conde de Reille. Cada uno de estos cuerpos tenia su respectiva reserva. Abrazaba la posicion cerca de tres leguas, y cubria los caminos reales de Bilbao, Bayona, Logroño y Madrid. Su fuerza era algo inferior á la de los aliados, ausente en la costa Foy y los italianos, ocupado Clausel en la persecucion de Mina, y Maucune en escoltar un convoy que se dirigia á Francia.

La falta de estas tropas obligaba á José á guardar la defensiva, sin pensar emprender operacion alguna hasta tenerlas todas reunidas, descansando entretanto en su ventajosa posicion y en el pausado proceder de Wellington. Desgracia fué para el intruso el tener á su lado al mariscal Jourdan, hombre de carácter irresoluto, que mantenía á José en su inaccion, escarmentado de la pérdida que habia experimentado en Ansborg y Wurtzburgo, por haber destacado fuerzas del cuerpo principal de batalla.

No se hallaba mas decidido Wellington en su determinacion, pues aunque deseaba una batalla, temia el momento de empeñarla mientras algun suceso favorable á nuestras armas en otros puntos no debilitase mas al ejército contrario. Permanecia en su incertidumbre, cuando hallándose en las alturas de Nanclores de la Oca, recibió aviso del alcalde de San Vicente de como Clausel habia llegado allí el 20, y pensaba descansar todo aquel dia. Esta noticia, por la cual pudo conocer los perjuicios á que le esponia su irresolucion, le determinó á acometer antes que los enemigos fuesen reforzados.

Rompió el ataque desde el rio Bayas, moviéndose primero al despuntar de la aurora del dia 21 de junio la derecha aliada que mandaba el general Hill. Sus fuerzas la formaban la segunda division británica, la portuguesa del cargo del conde de Amarante, y la española que dirijia D. Pablo Morillo, el cual tuvo la gloria de empezar el combate contra la izquierda enemiga atacando las alturas, ejecutándolo con toda bizarría, y acreditando su valor todavia mas por la firmeza con que permaneció en el campo aun despues de haber sido herido. Reforzados los con-



Perez 3.^o y lit.^o

BATAJIA DE VITORIA.

Lit. de Perez y Lemon.



trarios por aquella parte, sostuvo Hill tambien á los españoles, los cuales consiguieron al fin, ayudados de los ingleses, arrojar al frances de las cimas. Aprovechando Hill esta primera ventaja, cruzó prontamente el Zadorra en la Puebla, y entrando por el desfiladero que forman las alturas y el rio, embistió y ganó á Subijana de Alava, que cubria la izquierda de las líneas del enemigo, quien conociendo la importancia de esta posicion trató varias veces de recobrarla; pero sus desesperados esfuerzos fueron vanos, estrellándose siempre en la inmutable firmeza de las filas aliadas.

Púsose igualmente en movimiento el centro británico, compuesto de las divisiones tercera, cuarta, séptima y ligera. Dos de ellas atravesaron el Zadorra apenas Hill llegó á dominar á Subijana, la cuarta por el puente de Nanclares y la tercera por Tres Puentes, llegando casi al mismo tiempo á Mendoza la tercera y séptima que guiaba lord Dalhousie, cruzando ambas el Zadorra por mas arriba, debiendo estrañarse que no hubiesen los franceses roto ninguno de los puentes que franquean por allí el paso de aquel rio; prueba evidente de su confusion y zozobra.

Puesto ya el centro británico en la orilla izquierda del Zadorra, debia proseguir en sus acometimientos al enemigo, y muy especialmente á su principal asilo, que era el cerro artillado. Dispúsole asi Wellington, como tambien que el general Hill no dejase de seguir la izquierda francesa, estrechándola contra su centro, y desordenando á este si ser podia. Los contrarios ostentaron hácia esta parte toda la firmeza de sus mejores dias, viéndose los aliados precisados á llevar dos brigadas de artillería que batiesen el cerro fortificado. Al fin, despues de una larga lucha, cedieron aquellos, y su centro é izquierda replegáronse via de la ciudad, dejando en poder de la tercera division inglesa 18 cañones. Prosiguieron los aliados avanzando á Vitoria, formada su gente por escalones en dos y tres líneas. Los franceses, no desconcertados aun del todo, retrocedian por su parte en buen orden, y aun con su conocida táctica solian sacar ventaja del menor descuido, como sucedió especialmente con la brigada del general Colville, que habiéndose desviado mas de lo conveniente perdió 550 hombres.

Mientras con tanto denuedo batallaban la derecha y centro de los aliados, no permanecia ociosa su izquierda, junta toda ó en inmediato contacto, porque la gente de D. Pedro Agustin Giron, que era la situada mas lejos, saliendo de Valmaseda llegó el 20 á Orduña yendo por Amurrio, y al dia siguiente continuó la marcha, avistándose su gefe el dia 21 con el general Graham en Murquía. Allí conferenciaron ambos breves momentos, aguijado el ingles por las órdenes de Wellington para tomar parte en la batalla ya empezada, y quedando á Giron la incumbencia de sostener las maniobras del aliado, y entrar en lid si necesario fuese.

A pesar de la diligencia de Graham, no pudo llegar hasta las diez al sitio que le estaba designado. En él tenian los enemigos alguna infantería y caballería avanzada sobre el camino de Bilbao, descansando toda su derecha en montes de no fácil acceso, y ocupando con fuerzas los pueblos de Gamarra Mayor y Abechuco, reputados como de mucha entidad para defender los puentes del Zadorra en aquellos parages. Atacaron las alturas por frente y flanco la brigada portuguesa del general Paeh y la division española de D. Francisco Longa, sostenida por la brigada de dragones ligeros á las órdenes de Anson, y la quinta division inglesa de infantería, mandada toda esta fuerza por el mayor general Oswald. Portáronse valientemente los españoles y portugueses. Longa se apoderó del pueblo de Gamarra Menor, mientras lo hacia de Gamarra Mayor, con presa de tres cañones, la brigada de Robinson, perteneciente á la quinta division. Al mismo tiempo dirijióse Graham contra Abechuco á la cabeza de la primera division británica, logrando ocupar este pueblo, cogiendo en el mismo puente tres cañones y un obus. Temiendo el enemigo que dueños los nuestros de aquel pueblo quedase cortada su comunicacion con Bayona, destacó por su derecha un cuerpo numeroso para re-

cuperarle. Para conseguirlo, empleó todo su esfuerzo; pero con el mismo fué rechazado primera y segunda vez. Entretanto, habiendo atronero las casas vecinas al puente, colocando cañones por los costados, y poniendo como en celada algunos batallones que hicieron un vivo fuego detras de unas paredes y vallados, logró repeler un nuevo y tercer ataque.

En medio de los triunfos alcanzados no le pareció á Graham cuerdo empeñar refriega con dos divisiones de infanteria que mantenian de reserva los franceses en la izquierda del Zadorra, y así aguardó para verificarlo á que el centro é izquierda de los enemigos fuesen arrojados contra Vitoria por el centro y derecha de los aliados. Sucedió esto sobre las seis de la tarde, á cuya hora abandonando su posicion las dos citadas divisiones temerosas de ser atacadas por la espalda, pasó Graham el Zadorra, y asentóse de firme en el camino que de Vitoria conduce á Bayona, obligando así á toda la derecha enemiga á marchar via de Pamplona.

En este momento acabaron de completarse el desorden y confusion de los franceses, siéndoles ya imposible sostenerse en ningun punto, arrojados contra la ciudad ó puestos en fuga desalentadamente. Abandonáronlo todo, artilleria, bagages y almacenes, no conservando mas que un cañon y un obus, perdiendo al todo 151 cañones y 8,000 hombres entre muertos y heridos. La pérdida de los aliados no llegó á 5,000 hombres, de los cuales fueron 3,500 ingleses, sobre 1,000 portugueses y 600 españoles. No se hicieron mas que unos mil prisioneros, por la precipitacion con que el enemigo se puso en fuga y por ampararle en ella lo áspero y doblado de la tierra. El mismo José se vió estrechado tan de cerca, que tuvo que montar á caballo y abandonar su coche, en el cual se cogieron varias correspondencias, una espada que la ciudad de Nápoles le habia regalado, y otras cosas de lujo y curiosas.

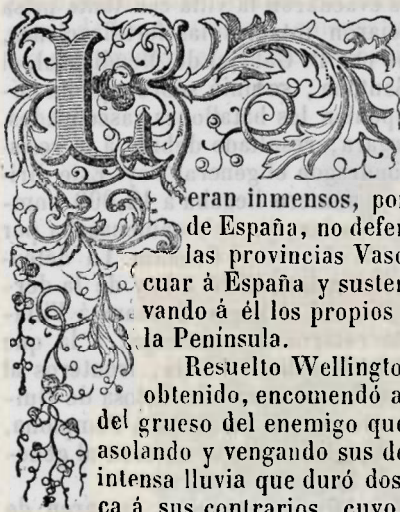
No tocó mejor suerte al convoy que estaba á la izquierda del camino de Vitoria. Era uno de los de mas importancia de cuantos el invasor habia enviado á su país en el tiempo de su permanencia en España, y se componia de multitud de carruages y de muchos y preciosos enseres pertenecientes á generales y á personas del séquito del intruso: tambien de artilleria allí depositada, y de cajas militares llenas de dinero, que se repartieron los vencedores, alcanzando parte á los vecinos de la ciudad y de los inmediatos barrios. El baston de mando del mariscal Jourdan vino á poder de lord Wellington, el cual se lo ofreció en señal de triunfo al príncipe Regente de Inglaterra, recibiendo en recompensa el de feld-mariscal de la Gran Bretaña, distincion otorgada á muy pocos.

Esta señalada victoria, tan gloriosa para las armas aliadas, proporcionó á lord Wellington nuevas y merecidas mercedes, pues ademas de la del cargo de feld-mariscal que hemos dicho, las córtes españolas, á propuesta de D. Agustin Argüelles, le concedieron por decreto de 22 de julio, para sí, sus herederos y sucesores, el sitio y posesion real conocido en la Vega de Granada bajo el nombre de *Soto de Roma*, con inclusion del terreno llamado de las *canchinas*, dádiva generosa y de rendimientos muy pingües. Las mismas córtes dieron un voto de gracias á todo el ejército aliado, y lo mismo el parlamento británico. Digno premio de su heróico valor y de la constancia con que toleró tantos trabajos para alcanzar un triunfo tan memorable.

Tambien recibió una justa distincion, aunque de otra manera, el general don Miguel Alava, al cual regaló el ayuntamiento de Vitoria, á nombre del vecindario, una espada de oro, en que iban esculpidas las armas de su casa y las de aquella ciudad, de donde era natural, en testimonio del amor y reconocimiento de la misma, por haber conseguido el genertal con su celo y eficacia preservarla de los daños y tropelias que tanto eran de temer despues de una batalla dada casi á sus mismas puertas.

CAPITULO XLII.

Funesta situacion de los franceses.—Escesos cometidos en su fuga.—Los persiguen los aliados hasta Pamplona.—Determina José salir de España con su ejército.—Reencuentro en Mondragon.—Evacuan los franceses á Bilbao.—Ataque de Tolosa.—La abandonan los franceses.—Entra el general Foy en Francia.—Arrojan las tropas españolas á los franceses de las cabezas del puente, y queda España libre de enemigos por esta parte.—Toma Longa los fuertes de Pasages.—Gana el conde del Abisbal los fuertes de Pancorbo.—Se aproxima el ejército de reserva á Pamplona.—Entra en Francia José con su ejército.—Maniobras del general Clausel.—Se refugia en Francia.—Empiezan los sitios de San Sebastian y Pamplona.—Valencia.—Proyecto de los aliados.—Sale de Alicante una expedicion marítima.—Cataluña.—Desembarca en Satou la expedicion procedente de Alicante.—Toman los aliados el castillo de Coll de Balaguer.—Sitian á Tarragona.—Prepáranse los franceses a la defensa.—Desaciertos del general ingles Murray.—Acude Suchet en ayuda de Tarragona.—Azoramiento de Murray.—Reembarca la expedicion.—Llega lord Guillermo Bentinck y releva del mando al general Murray.—Vuelan los aliados el castillo de Coll de Balaguer.—Valencia.—Varias refriegas en aquel reino.—Abandona Suchet á Valencia.—Emprende su retirada hácia Aragon.—Se sitúa entre Caspe y Tortosa.—Rechaza Mina primera y segunda vez al general Paris.—Llega Duran enfrente de Zaragoza.—Abandonan la ciudad los franceses.—Los persigue Mina y los desbarata tomándoles un rico y numeroso convoy.—El general Paris se entra tambien en Francia.—Sitia el general Duran el castillo de la Aljaferia.—Manda Mina en Aragon.—Se rinde la Aljaferia.—Se retira Suchet á Villafranca.—Es molestado en ella por el general Copons.—Avanzan con el mismo objeto las tropas de Valencia.



A batalla de Vitoria fué el golpe mas terrible que pudieran haber recibido los franceses en el estado en que se hallaban sus asuntos en España, pues no solo los dejó desnudos y desposeidos de todo, hasta de municiones, sino que acabó por destruir su disciplina ya antes tan estragada. Sus apuros

eran inmensos, porque abandonadas tantas estancias en lo interior de España, no defendidas las del Ebro, y destrozadas sus fuerzas en las provincias Vascongadas, no les quedaba mas recurso que evacuar á España y sustentar la lucha dentro de su mismo territorio, llevando á él los propios males que ellos habian hecho pesar sobre el de la Peninsula.

Resuelto Wellington á sacar todas las ventajas posibles del triunfo obtenido, encomendó al centro y derecha de su ejército la persecucion del grueso del enemigo que se retiraba en desórden camino de Pamplona, asolando y vengando sus derrotas en los infelices pueblos del tránsito. Una intensa lluvia que duró dos dias impidió á los aliados estrechar mas de cerca á sus contrarios, cuyo azoramiento era tal, que al llegar á Pamplona quisieron saltar por encima de las murallas, estando cerradas las puertas, deteniéndolos solo el fuego que les hizo la plaza. Allí celebraron los enemigos un consejo de guerra, en el cual se trató de volar las fortificaciones y abandonar la ciudad, á cuya determinacion se opuso José, considerando necesaria su conservacion

para proteger la retirada y contener el desaliento de los suyos, mandando de consiguiente abastecerla de cuanto pudo arrebatarse su tropa en aquellos contornos. Llegaron los aliados á vista de Pamplona cuando aun no estaba muy lejos la retaguardia francesa, que caminaba, lo mismo que todo el grueso de su ejército, en busca de la tierra nativa.

Mientras el centro y derecha de los aliados trabajaban por este lado, lo ejecutaba con no menos actividad por el suyo el ala izquierda. La parte de esta que se componia de las tropas españolas de D. Pedro Agustín Giron, y la division que se le agregó de D. Francisco Longa, tuvieron orden de dirigirse por la calzada que va de Vitoria á Irun, tras el convoy que habia salido de aquella ciudad en la madrugada del 21; y así lo verificaron el 22, aunque tarde, aguardando subsistencias, habiendo despues tenido que contramarchar durante corto rato por la voz esparcida de que Clausel se hallaba próximo con direccion á Vitoria. Estos incidentes retardaron algo aquel dia el movimiento del general Giron, si bien la presencia de la fuerza de Longa que iba delantera, aceleró la partida de los enemigos de Mondragon, á quienes se cogieron 90 prisioneros, quedando levemente herido el general Foy y 300 hombres fuera de combate.

Temiendo Wellington, por las noticias adquiridas, que los españoles de Giron pudieran tener que batirse no solo con la division francesa de Maucune, que escoltaba el convoy antes espresado, sino ademas con Foy y los italianos, dispuso que Graham con toda la izquierda británica fuese en apoyo de los nuestros tomando la ruta travesa del puerto de San Adrian, que enlaza el camino real de Irun con el de Pamplona, y que se dirigiese á Villafranca, para ver si podia situarse á la espalda del general Foy. El haberse retardado el recibo de las órdenes, unido á lo malo de aquel camino, hizo que sir Thomas Graham no se moviese tan pronto como era de desear, y esta dilacion proporcionó á Foy la oportunidad de obrar mas desahogadamente. Este general desde la toma de Castro-Urdiales se habia ocupado sin descanso en perseguir á los batallones vascongados, con los cuales tuvo varios choques, aunque sin conseguir resultado importante; y en estas operaciones le alcanzó la orden de José para marchar á Vitoria en su ayuda. Obedeció Foy lo que se le mandaba, situándose entre Plasencia y Mondragon, engrosando sus fuerzas con las guarniciones de varios puntos fortalecidos. Entre estas era una de las principales la de Bilbao, donde estaban los italianos y el general Rouget, los cuales evacuaron la villa con tanta prisa el dia 20, que si bien clavaron la artillería, dejaron intactas las fortificaciones, hostigados no menos por las órdenes de Foy, que por D. Gabriel de Mendizabal, el cual, dejando alguna fuerza en el bloqueo de Santoña, se unió sobre aquella comarca con casi toda la séptima division que componian los batallones vascongados.

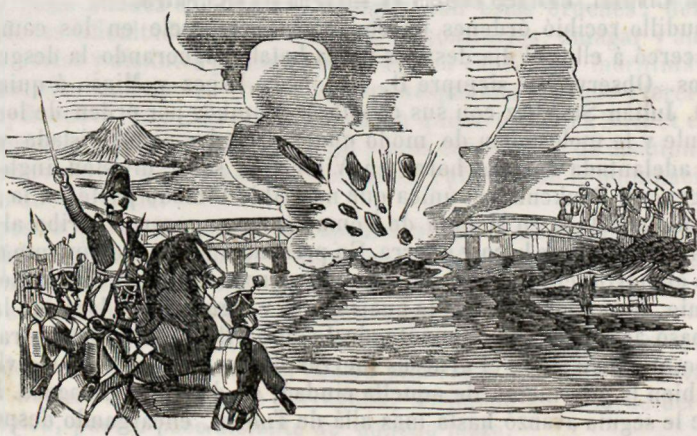
Los italianos y franceses se reunieron en Vergara, resultado debido á la resistencia que, aunque costosa, hizo al efecto en Mondragon el general Foy. Este dirigió en seguida la retirada de aquellas tropas, cuyo número llegaba á 42,000 hombres, desplegando grandes conocimientos para salvarlas, pues las amenazaba por el frente D. Pedro Agustín Giron, y por la espalda el general Graham. La detencion de este, ocasionada por los motivos antes indicados, libró á Foy de la derrota que en otro caso hubiera sido inevitable. Por eso al llegar Graham á Villafranca el 24 de junio, no encontró ya sino la retaguardia enemiga, á la que desalojó en breve de los puestos que ocultaba á la derecha del Oria, fronteros al pueblo de Olivarria. Situó Foy en seguida toda su fuerza cerca de Tolosa de Guipúzcoa, cubriendo el camino de Francia y el que de allí se dirige á Pamplona, manifestándose dispuesto á resistir á los aliados. Aquella noche se unieron al general Graham la division de Longa y tres cuerpos de la gente de Giron.

Con fuerzas ya bastantes los aliados para desalojar al enemigo, trataron de ahuyentarlo de Tolosa y ganarle su posicion. Entre seis y siete de la tarde del dia 25 empezó el ataque general. Los franceses apoyaban su izquierda en un reducto casi inespugnable, contra cuyo sitio marchó Longa por Alzo sobre Lizarza: su derecha descansaba en una montaña que cortaba por el frente un profundo y en-

riscado barranco, y se encargó á D. Gabriel de Mendizabal, que se habia adelantado de Azpeitia, el maniobrar por este lado, del mismo modo que Longa por el opuesto. Dominaban á mas los enemigos la cima de una montaña interpuesta entre las carreteras de Vitoria y Pamplona, de donde los arrojó con denodado brio y suma inteligencia el teniente coronel ingles Willians. Igualmente perdieron los contrarios las demas posiciones, atacadas valerosamente por todas las tropas combinadas, distinguiéndose los españoles en muchos puntos. Hostigados los franceses por todas partes no tuvieron mas recurso que refugiarse á la villa, la cual se hallaba bastante fortificada, y era arduo tomarla, y mas de rebate. Las puertas de Castilla y Navarra estaban barreadas, y aspillerados los muros, diversos conventos y edificios fortalecidos dándose entre si la mano, y ademas en la plaza ó centro existia un fortin portatil de madera y al estilo de los fijos, y por lo comun de piedra ó material, componiendo el todo un conjunto de defensas que podia ofrecer resistencia vigorosa y larga. Sin embargo, contra lo que era de esperar, luego que fué acometida la villa, la abandonaron los franceses, penetrando en ella los aliados, ya muy de noche, entre los aplausos y universales vitores de los vecinos.

Foy se replegó á Andoain y cortó el puente, deteniéndose Graham dos dias en Tolosa, sin pensar seguir al enemigo hasta estar cierto del avance de Wellington por su derecha camino de Pamplona. Sin esperar aquella noticia el general español D. Pedro Agustin Giron, siguió en persecucion del frances, el cual cejó y se entró en Francia, sabedor de la retirada de José y de que se habia salvado el convoy escoltado por Maucune.

No bien llegó á Irun el general Giron, pensó en atacar la retaguardia enemiga, que todavia conservaba algunos puestos en la frontera española, poniendo la ejecucion al cuidado del brigadier D. Federico Castañon, quien desalojó intrépidamente á los enemigos colocados delante del puente del Bidasoa, siendo destinados para la acometida el regimiento de la Constitucion guiado por su coronel D. Juan Loarte, y la compañía de cazadores del segundo regimiento de Asturias. A pesar del arrojó de los españoles, permanecieron los franceses firmes en las cabezas fortificadas del puente. Para arrojarlos de ellas, dispuso Giron traer una compañía de artilleria de á caballo dirigida por D. Pablo Puente, pidiendo á los ingleses otra de la misma arma, que se presentó luego al mando del capitán Dubourdieu, juntas las cuales, dióse principio á batir vigorosamente las obras de los contrarios, quienes sufriendo mucho, volaron las de la izquierda del rio y quemaron el puente. Sucedió esto el 1.º de julio á las seis de la tarde, dia



GIRON EN EL BIDASOA.

y hora memorable para las armas españolas, y de honra para D. Pedro Agustín Giron, que alcanzó la gloria de ser el primero que por este lado arrojó fuera del suelo peninsular á los que traidoramente lo invadieran en 1808.

Al mismo tiempo se apoderaba D. Francisco Longa de los fuertes de Pasages, puerto importante, rindiéndosele 147 hombres de que constaba la guarnicion, incluso el gobernador. No quiso tampoco la fortuna desairar al conde del Abisbal, el cual se hizo dueño de los fuertes de Pancorbo, situados en la garganta angosta que rodean empinadísimos montes, por donde pasa el camino que va de Burgos á Vitoria. Eran dos, el titulado de Santa María en parage inferior, y el de Santa Engracia, que se reputaba por el mas principal. Ganóse el primero por asalto el 28 de junio, y capituló el otro dos dias despues, privado de agua y amenazado de ruina por los fuegos de una batería que con gran presteza se construyó bajo la direccion del comandante de ingenieros D. Manuel Zapino en la loma de Cimera, habiendo ideado el modo de subir las piezas, y ejecutándolo hábil y rápidamente los oficiales de artillería Ferraz, Saravia y D. Bartolomé Gutierrez. Distinguióse tambien el brigadier D. José Latorre, que se hallaba mandando la infantería empleada en el sitio. Quedaron prisioneros unos 700 hombres con su comandante Ceva. Consecuente á órdenes de lord Wellington, marchó inmediatamente el conde del Abisbal via de Pamplona, á cuyos alrededores llegó en los primeros dias de julio.

Para terminar la narracion de las operaciones de las tropas aliadas por esta parte de España, tenemos que volver á buscar á las que dejamos á la vista de Pamplona. De ellas las que formaban la derecha del ejército siguieron á las órdenes de sir Rowland Hill las huellas de José y su ejército, el cual se metió en Francia por tres de las cinco principales comunicaciones que tiene Navarra con aquel reino, á saber: 1.º por el puerto de Arraiz, en el valle de Ulzama, con rumbo á Doñamaria y valle de San Esteban de Lerin hasta Lesaca y Vera, partido de las cinco villas de la montaña, internándose luego en Francia con direccion á Urrugne: por aqui iba el ejército enemigo llamado del centro, yendo en su compañía José afligido y triste, á guisa de rey destronado. 2.º por Velate y valle de Bastan, pasando el puerto de Maya, y de allí á Urdax hasta salir de los lindes españoles. Y 3.º y último, por Roncesvalles, de triste recuerdo para el frances, atravesando por Valcárlos, y yendo á parar á San Juan de Pié de Puerto. Los ejércitos de Portugal y mediodía, que fueron los que marcharon por los dos puntos postreros, diéronse la mano entre sí y con el del centro, alargándola luego á las demas tropas de su nacion que habian cruzado por el Bidasoa. Llegado el general Hill á las montañas, se recreó desde ellas con la vista de la tierra enemiga, mas no emprendió cosa alguna importante conforme á las instrucciones de lord Wellington, el que sin olvidarse del general enemigo Clausel, destacó contra él fuerzas de su centro.

Este caudillo recibió órdenes de José para reunirsele en los campos de Vitoria y se acercó á ellos el dia despues de la batalla, ignorando la desgracia de sus compatriotas. Observábase siempre D. Francisco Espoz y Mina, á quien se habia agregado D. Julian Sanchez con sus caballos; y ambos por orden de lord Wellington circuiante y le molestaban de modo que marchaba como aislado y á ciegas. Estaba ya adelantada á estas horas en Vitoria la sesta division inglesa á cargo del mayor general Pakenham, única que no habia tomado parte en la batalla por haber quedado apostada en Medina de Pomar para asegurar el arribo al ejército de socorros y municiones de boca y guerra. Su presencia y el conocimiento de lo ocurrido detuvo el movimiento de Clausel, y contramarchado luego, abandonó á Logroño el 24 de junio, llevándose consigo la guarnicion, y siguiendo lo largo de la izquierda del Ebro, pasó aquel rio por el puente de Lodosa, llegando á Calaborra el 25. En Tudela supo que iban sobre él gruesas fuerzas de los aliados, en cuya virtud recogiendo tambien la guarnicion de aquella ciudad, se dirigió á Zaragoza. La division inglesa que le seguia avanzó hasta mas allá de Tudela, encargando despues á Mina picar la retaguardia de los contrarios y observar sus movimientos.

Clausel entró en Zaragoza el 4.º de julio, en cuya ciudad se detuvo poco, mar-

chando inmediatamente á Francia por Jaca y Canfranc. Luego que llegó á Oloron, se puso en comunicacion con las demas tropas de sunacion que se habian retirado de España por los puntos antes indicados. Persiguióle Mina hasta cerca de Zaragoza, en donde hizo alto para disponer las operaciones de que luego hablaremos.

Desembarazado así lord Wellington de los ejércitos franceses que pudieran molestarle de cerca en España, sentó sus reales en Hernani como punto céntrico, y situó el ejército anglo-hispano-portugues en las provincias de Guipúzcoa y Navarra, estendiéndose desde el Bidasoa arriba hasta Roncesvalles, en cuyo mas apartado sitio, y al nacimiento del sol hallábase D. Pablo Morillo, del mismo modo que por el extremo opuesto hácia el ocaso por Vera, Irun, Fuenterrabía y Oyarzun se encontraba el grueso del cuarto ejército español.

En este estado resolvió Wellington emprender los sitios de San Sebastian y Pamplona. Encargó el de la primera plaza á sir Thomas Graham con la quinta division británica al mando del general Oswald y algunas fuerzas mas; y el de la segunda, que por entonces se redujo á bloqueo, al conde del Abisbal con el ejército de reserva de Andalucía, al cual se agregó despues la division de D. Carlos España que dejamos antes repartida entre Zamora, Ciudad-Rodrigo y otros puntos de Castilla la Vieja. El cerco de San Sebastian se empezó en los primeros días de julio, y no tardó despues mucho en estrecharse mas el de Pamplona.

De este modo, por una serie no interrumpida de triunfos, en menos de dos meses despejéronse de enemigos el reino de Leon, ambas Castillas, las provincias Vascongadas y Navarra, quedando reconquistados ó libres todos los pueblos allí fortificados, escepto Santoña y las dos plazas recién nombradas. Hechos heroicos que realizando justamente el nombre del ilustre caudillo británico que los dirigió, aumentan á la vez las glorias de nuestras armas.

No fueron estas tan afortunadas entonces en Cataluña, Aragon y Valencia. En ellas, antes que los sucesos acabados de referir enseñasen á Suchet todo lo crítico de su posicion, procuró aquel mariscal en los meses de mayo y junio inutilizar los esfuerzos de los aliados, fortaleciendo al efecto la línea del Júcar, acercando á Valencia la division de Severoli que estaba en Aragon, y colocando la brigada de Pannetier entre aquella ciudad y Tortosa, con cuyas operaciones no solo amparó su flanco y espaldas, sino que se puso en estado de poder acudir repentinamente sobre cualquiera punto que se viese amenazado.

Estos movimientos del frances impedian á los españoles y anglo-sicilianos obrar cual deseaban para llenar las ideas de Wellington, en cuyo plan entraba distraer activamente por allí al enemigo para obligarle á mantener siempre unidas sus fuerzas de levante, sin que le fuera posible destacar ningunas hácia Navarra. Deseando los gefes aliados de Valencia cumplir con estas órdenes, determinaron, en medio de las dificultades que le oponian los contrarios, amagar y aun acometer á estos por varios y distintos puntos, enviando una expedicion marítima á las costas de Cataluña, al mismo tiempo que los ejércitos españoles segundo y tercero atacaban por frente y flanco la línea del Júcar, de manera que se pusiese á Suchet en la necesidad de abandonar á la suerte el Ebro y las plazas cercanas, ó de disminuir, queriendo ir en socorro suyo, las fuerzas que defendian y afianzaban la dominacion francesa en el reino de Valencia.

Por nuestra parte preparóse la expedicion con el mayor sigilo; pero no pudo ocultarse á la vigilancia de Suchet, quien se manifestó muy sobre aviso. Dispuesta aquella, embarcáronse las tropas en número de 14,000 infantes y 700 caballos, todos de los anglo-sicilianos y de la division española de Wittingham, á las órdenes unos y otros de sir Juan Murray, dándose á la vela desde Alicante el 51 de mayo, y dirigiendo el convoy y escuadra el contra-almirante británico Hollowel. Hicieron rumbo los buques á las aguas de Tarragona, surjiendo en la tarde del 2 de junio frente á Salou, puerto poco distante de aquella plaza.

El día 3 se efectuó el desembarco con orden, y entonces la primera atencion de Murray fué destacar una brigada á las órdenes del teniente coronel Prevost para

apoderarse del castillo del Coll de Balaguer, que sojuzgaba el camino que va á Tarragona, único transitable para la artillería. Cooperó al ataque con cuatro batallones D. Francisco de Copons y Navia, general en jefe del primer ejército, quien advertido de antemano de la expedición proyectada, se aproximó á la costa, ocupando ya á Reus cuando aquella anclaba. Fué embestido vivamente el castillo el 5 y tomado el 7, amilanada la guarnición francesa de solo 80 hombres con la explosión de un almacén de pólvora y las pérdidas que se siguieron.

En el interin, acercándose á Tarragona el general Murray, determinó acometer la plaza por poniente, lado mas flaco y preferible para la embestida, favoreciendo Copons la empresa colocándose en el camino de Altafulla, con objeto de interceptar los socorros que pudieran venir de Barcelona.

Continuaba mandando en Tarragona por parte de los franceses el general Bertolotti, quien sin acobardarse por lo que le amenazaba, tomó prontas y convenientes disposiciones, rehabilitando varias obras anteriores, arruinadas y aun demolidas en parte después del primer sitio. Conducta contraria observó Murray, el cual, aunque se mostró valiente, le faltaron el tino y la serenidad de ánimo tan necesaria en tales casos. El actual exigía diligencia suma y enseñorearse de la plaza casi de rebate; pero diéronse largas y sin método ni actividad se comenzó y siguió el ataque, teniendo así tiempo el enemigo para aumentar sus defensas y esperar los socorros que se acercaban.

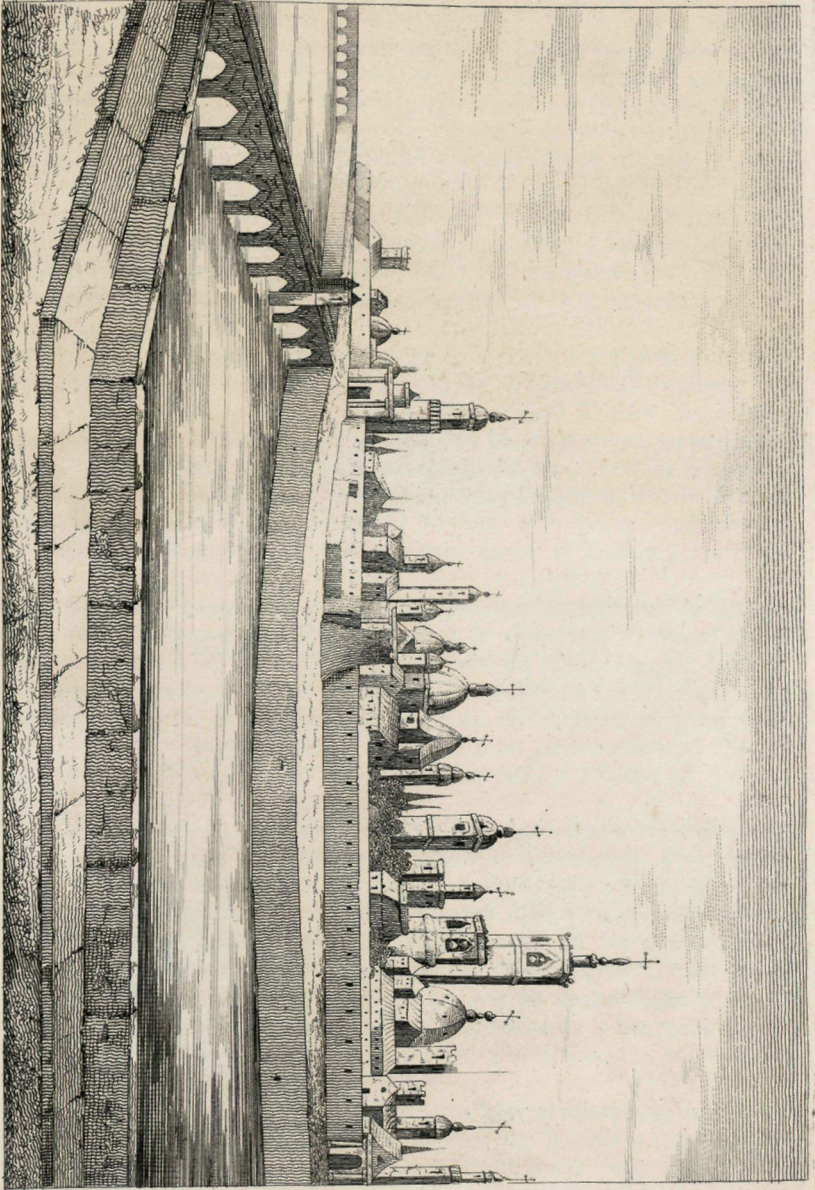
Como era de esperar, no se descuidó Suchet en este punto, y así, dejando en el Júcar al general Arispe, marchó con fuerzas considerables la vuelta de Tarragona, presentándose ya su vanguardia el 10 de junio en el Perelló. También llegaron el 11 á Villafranca, procedentes de Barcelona, 8,000 hombres que traía el general Maurice Mathieu, anunciando además que venía tras él Decaen con el grueso del ejército de Cataluña.

Al tener noticia Murray de estos movimientos, aunque se hallaba próximo á asaltar el mismo día 11 una de las obras exteriores mas importantes, se azoró de modo que sin dar oídos á consejo alguno, determinó reembarcarse y abandonar la artillería de sitio y otros aprestos, antes de empeñarse en una acción campal que creía arriesgada. Como se necesitaban tres días para poner á bordo la expedición entera, empezó Murray á verificarlo desde el día 12. Observaron los franceses desde la plaza lo que ocurría en el campo de los aliados, mas sin atreverse á dar crédito á lo que veían con sus propios ojos, temieron fuese ardid ó encubierta celada, y permanecieron quietos dentro sin descuidar la misma vigilancia.

Sir Juan Murray se embarcó el mismo día 12 por la tarde, dirigiendo parte de la caballería y artillería con alguna fuerza mas al Coll de Balaguer para destruir el castillo y sacar á los que le guarnecían. A la sazón avanzaba Suchet por aquel lado, y tropezando con los ingleses y descubriendo no lejos la escuadra, ignorante de lo que pasaba, admiróse sobremanera, y no hallando explicación ni salida á cuanto notaba, suspendió el juicio, y en la duda echóse atrás via del Perelló.

Algunos otros movimientos de los franceses y nuevos recelos de Murray, de que no pudiera acabar de embarcarse á tiempo toda su caballería, obligáronle á echar nuevamente á tierra la infantería, y colocarse en puesto favorable y propio para rechazar cualquiera acometida de los enemigos. Estos, empero, sin intentar nada, después de haber metido socorros en Tarragona, retrocedieron unos á Tortosa y otros á Barcelona.

Disminuidos por este medio los temores de Murray, reunió un consejo de guerra, el cual en vista del estado en que ya se encontraba la expedición, viendo que se había perdido la artillería de sitio, abandonada delante de Tarragona, acordó continuar el reembarque y regresar á Alicante. En aquellos momentos arribó allí lord Guillermo Bentinck, que venía de Sicilia para suceder á sir Juan Murray en el mando, del cual se encargó inmediatamente, conformándose también, en atención á las circunstancias, con la resolución que acababa de tomar el consejo de



Vista de Valencia



guerra. En su consecuencia continuó el embarco, quedando este efectuado á las doce de la noche del 19, á cuya hora volaron los aliados el castillo del Coll de Balaguer.

De resultas de esta mal dirigida expedicion, quedaron en poder de los franceses 18 cañones de grueso calibre, y Copons tuvo que emplear la mas esquisita diligencia para salvar su gente y sacarla del compromiso en que la dejara el atropellado porte de Murray. A éste se le formó en Inglaterra consejo de guerra, el cual le declaró exento de culpa, si bien tachando su proceder de errado y poco juicioso, fallo que salvaba la intencion del general, pero con detrimento de su capacidad y pericia.

Mientras pasaba esto en Cataluña, no faltaron refriegas en el reino de Valencia. El 11 de junio atacaron los españoles la retaguardia del general Arispe, mandada por el de igual clase Mesclop, que pasaba de San Felipe á la linea del Júcar. Obraban unidos los ejércitos españoles segundo y tercero, y molestaban bastante á los franceses, hasta que aprovechando estos un descuido de los nuestros, revolvieron sobre ellos y los desordenaron en el pueblo de Roglà, logrando asi continuar tranquilamente su marcha al rio.

Sin desistir los españoles de su intento, repitieron el 13 sus ataques avanzando y situándose en unas alturas á la derecha del Júcar. Desde ellas hicieron un vivo fuego de cañon sobre los enemigos, y aunque el general Elio no logró apoderarse de una casa fuerte que intentó ganar, sustentó honradamente su posicion, frustrando todos los esfuerzos de Arispe para arrojarle de ella. Cuando los movimientos de los nuestros traian sumamente cuidadosos á los franceses, temiendo aun por Valencia, llegó á tranquilizarlos el mariscal Suchet, que desembarazado de lo de Cataluña, y á beneficio de una rápida marcha, tornó al Guadalaviar el 24 de junio.

La escuadra inglesa y la expedicion anglo-siciliana experimentaron á su regreso á Alicante malos tiempos, habiendo tenido la desgracia de encallar en los Alfaques y desembocadura del Ebro 18 de los buques de transporte, de los que solo se pudieron salvar 15, cogiendo los otros los franceses con las tripulaciones. Otras varias averías ocurrieron á aquella expedicion de triste ventura; pero al fin llegó Bentinck á Alicante, y situó luego su tropa en Jijona para sostener á los españoles que habian retrocedido hasta Castalla, forzados por el avance de las tropas franceses.

El mariscal Suchet, de suyo emprendedor y arrojado, queria aprovechar la feliz coyuntura que le ofrecia el malogro de la expedicion de Tarragona, y ya se disponia á importantes empresas, cuando vino á detener sus proyectos la noticia de la batalla de Vitoria, y la de haber repasado los Pirineos José y su ejército en lamentable estado. Conoció entonces todo lo comprometido de su situacion, y en su vista resolvió desamparar á Valencia y retirarse hácia las orillas del Ebro.

Sensible sobre todo le era abandonar un pais de que se consideraba señor, y en donde poseia opulentos estados. Por eso, y con la esperanza de volver con mejor fortuna, determinó mantener ciertos puntos fortificados que le facilitarán en su día la deseada reconquista.

El 5 de julio evacuó á Valencia el mariscal frances, casi al cumplirse los diez y ocho meses de haber pisado sus calles con el aparato de triunfante conquistador. Tomó la direccion de Murviedro, haciendo la retirada por escalones, é inclinándose á Aragon. Inmediatamente entró en la ciudad D. Francisco Javier Elio, y poco despues hicieron lo mismo la division de D. Pedro Villacampa y la gente del brigadier D. Francisco Miyares.

Al retirarse Suchet de Valencia, arruinó todas las obras de defensa que habia construido, sin dejar en ella ningun punto fortificado. Fuera dejó el pequeño castillo de Denia con 120 hombres, y el de Murviedro, ó sea Sagunto, con 1,200 á las órdenes del general Rouelle con viveres para un año, y reparadas y aumentadas sus defensas. Tambien conservó á Peñíscola, cuyo mando dió al gefe de batallon Bar-



·ABANDONA SUCHET Á VALENCIA.

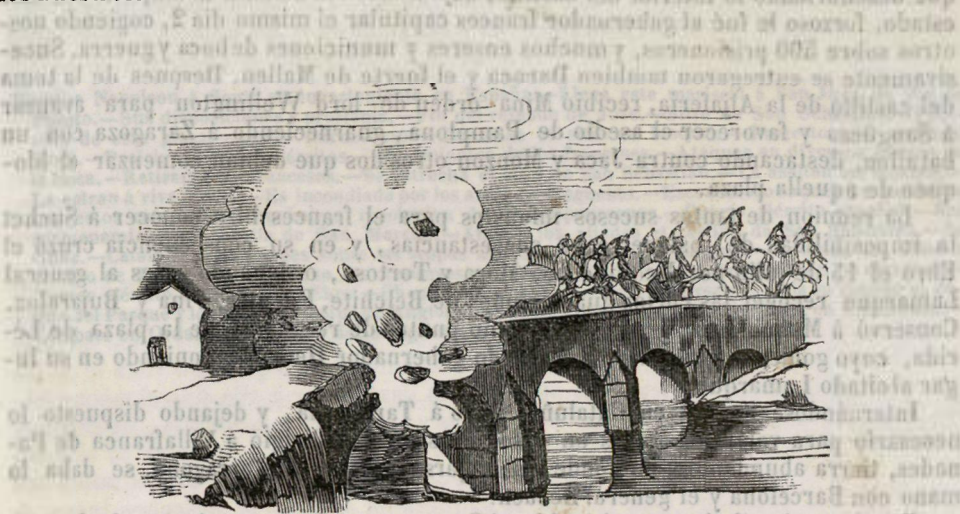
dout acompañado de 500 hombres. Igualmente dejó 120 al mando del capitán Boisonade en el reducido castillo de Morella; y conociendo lo importante que era para apoyar esta ocupación la plaza de Tortosa, aumentó aquella guarnición hasta el número de 4,500 hombres, poniendo á su cabeza al general Robert, militar experimentado y de toda la confianza del mariscal.

Este continuaba su retirada hacia Aragón, noticioso de que Clausel, empujado por las circunstancias, se alejaba y metía en Francia, dejando su artillería en Zaragoza bajo la custodia del general Paris. Para libertar á este, amenazado por Mina y Duran, y para proteger los movimientos de las demás tropas de Aragón, hizo Suchet algunos rodeos con los cuales consiguió que se reuniese á Musnier, que caminaba por el país montuoso, una brigada de la división de Severoli apostada en Teruel y Alcañiz, cuyos castillos destruyeron antes de evacuarlos. Reunidas estas fuerzas, llegaron el 12 de julio á Caspe, alojando Suchet su derecha en este pueblo, su centro en Gandesa y su izquierda en Tortosa.

El general Paris recibió orden de abandonar á Zaragoza y hacer esfuerzos para arrimarse á Mequinenza; mas aunque este jefe quería efectuarlo así, el deseo de no desprenderse de un grueso convoy que tenía reunido y la proximidad de Duran y Mina pusieron á la ejecución insuperables estorbos. El último de los espresados caudillos permanecía á dos leguas de Zaragoza, en el pueblo de las Casetas, teniendo fuerza en Alagon, y en Pedrola á D. Julian Sanchez cuando llegó el coronel Tabuena, enviado por el general Duran, que se hallaba en Riela, para combinar las operaciones y atacar ambos á Zaragoza. Pero no les dió tiempo el enemigo, pues resuelto á abandonar la ciudad, queriendo encubrir su intento, se adelantó en busca de los nuestros. No tardó en encontrar á Mina, quien lo rechazó con su acostumbrado denuedo, causándole también bastante estrago el coronel Tabuena con su regimiento. Dicho coronel avanzó hacia la Casablanca y Monte Torrero, y Mina á las alturas de la Bernardona, alejándose los franceses de aquellos puestos sin oponer resistencia. Repitió Paris su arremetida contra Mina, el cual volvió á rechazarle sostenido por el mismo Tabuena y los lanceros de don Julian Sanchez, escarmentando á los enemigos con pérdida de mas de 200 hombres. Estos sucesos ocurrieron en los días 5, 6 y 7 de julio, llegando allí el último de estos días el general Duran.

El 8 se disponían los nuestros á apoderarse por fuerza de Zaragoza, cuando re-

cibieron aviso de que los enemigos desamparaban la ciudad. Era en efecto así, saliendo toda la guarnición francesa y sus parciales en la misma tarde del 8, con numeroso convoy de acémilas y carruages, bastante por sí solo para preveer el resultado de una marcha que debiera ir libre de todo embarazo capaz de entorpecer la rapidez necesaria en circunstancias tan críticas. Solo dejaron los franceses 500 hombres al mando del gefe Roquemont en la Aljafería, volando en el Ebro un ojo del puente de piedra con deseo de retardar la persecucion que les habian de hacer los nuestros.



ABANDONAN LOS FRANCESES Á ZARAGOZA.

Tocaba el mando de todas las tropas y de la ciudad á D. José Duran, tanto por antigüedad como por estar aquella asentada á la márgen derecha del Ebro, pais puesto bajo sus órdenes, y en su consecuencia dispuso para prevenir todo exceso que entrase en la ciudad aquella misma noche D. Julian Sanchez con sus lanceros. Estos fueron recibidos con el entusiasmo propio de poblacion tan ilustre, apareciendo de repente y sin anterior invitacion iluminadas todas las calles, ocupadas con un inmenso gentio que repetia sin cesar unánimes aclamaciones de júbilo y contentamiento. Al dia siguiente entró tambien Duran en Zaragoza: no así Mina, que vadeando el Ebro, se dispuso á perseguir en su retirada al general Paris.

La incansable actividad del caudillo navarro alcanzó á los contrarios en una altura cerca de Lecinena, de donde los desalojó, y lo mismo de otra que estaba próxima á la ermita de Magallon, teniendo los franceses que retirarse via de Alcobierre. Tambien allí fueron alcanzados y se vieron en tanto aprieto, que tuvieron que abandonar la artilleria, el convoy y casi todo el pillage cogido en Zaragoza, ofreciendo en aquel momento el campo un cuadro de confusion y lástimas comparable solo al de Vitoria despues de su memorable batalla, recogiendo ahora las tropas de Mina el premio debido á su incesante fatiga. Paris sin poder cumplimentar la órden de dirigirse á Mequinenza, se dió por satisfecho de poder entrar en Francia por Huesca y Jaca.

D. José Duran, despues de apoderarse de la corta guarnicion enemiga de la Almunia, empezaba á formalizar el sitio del castillo de la Aljafería, cuando tornó Mina de su correría. Quedóse este en el arrabal sin pasar el Ebro, como pais el de la izquierda perteneciente á su mando, al paso que el de la derecha incumbia, como hemos dicho, al de D. José Duran. Poco despues el gobierno, para cortar todo motivo de desavenencias entre gefes tan beneméritos, nombró á Mina

comandante general de Aragon con licencia de añadir á sus fuerzas las que quisiese entresacar de las de Duran, mandando al último dirigirse á Cataluña.

Dió Mina comienzo á su nuevo mando apretando el sitio de la Aljaferia, cuya defensa hubiera podido dilatarse; mas una granada que cayó en la mañana del 2 de agosto en el reducto del camino de Aragon, que es el mas próximo á la ciudad, prendiendo fuego á otra porcion de ellas allí depositadas, causó una tremenda explosion con muertes y desgracias, y el desmoronamiento de un lienzo de la muralla, que descubriendo lo interior del castillo, dejó á este sin defensa ni amparo. En este estado, forzoso le fué al gobernador frances capitular el mismo dia 2, cogiendo nosotros sobre 500 prisioneros, y muchos enseres y municiones de boca y guerra. Sucesivamente se entregaron tambien Daroca y el fuerte de Mallen. Despues de la toma del castillo de la Aljaferia, recibió Mina orden de lord Wellington para avanzar á Sangüesa y favorecer el asedio de Pamplona, guarneciendo á Zaragoza con un batallon, destacando contra Jaca y Monzon otros dos que debian comenzar el bloqueo de aquella plaza.

La reunion de tantos sucesos infaustos para el frances hizo conocer á Suchet la imposibilidad de sostenerse en sus estancias, y en su consecuencia cruzó el Ebro el 15 de julio por Mequinenza, Mora y Tortosa, ordenando antes al general Lamarque recoger las cortas guarniciones de Belchite, Fuentes, Pina y Bujaraloz. Conservó á Mequinenza y Monzon, como puntos de resguardo de la plaza de Lérida, cuyo gobierno quitó á su aborrecido gobernador Henriod, poniendo en su lugar al citado Lamarque.

Internándose Suchet en Cataluña, llegó á Tarragona, y dejando dispuesto lo necesario para volar los muros en caso necesario, se dirigió á Villafranca de Panades, tierra abundante y en donde sin alejarse mucho de Tarragona, se daba la mano con Barcelona y el general Decaen.

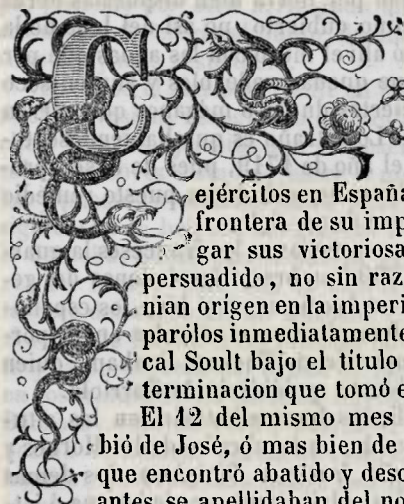
Esta incursion de los enemigos hizo á Copons maniobrar para incomodarlos por el flanco derecho y cortarles los víveres; y para el mismo fin lord Bentinck y la expedicion anglo-siciliana con la division de Wittingham y el tercer ejército dirigido por el duque del Parque, avanzaron al Ebro y le cruzaron por un puente volante que echaron en Amposta, protegidos en sus movimientos por la marina inglesa. Reunidas estas fuerzas, destacaron luego gente que ciñese la plaza de Tortosa, y sin olvidarse tampoco de Tarragona, empezaron á embestirla el 29 de julio. El segundo ejército continuó ocupando el reino de Valencia y bloqueando los puntos que permanecian guarnecidos por fuerzas enemigas, excepto la division de Sarsfield, que pasó tambien á Cataluña.

Ahora nos es forzoso separarnos de estos distritos, llamándonos como nos llaman la atencion el nuevo grito de guerra que resuena al otro lado de los Pirineos y los preparativos que en su desesperacion dispone el frances para volver á la heroica España. ¡Vanos esfuerzos que solo servirán para aumentar su confusion, sus derrotas, su ignominia!



CAPITULO XLIII.

Nombra Napoleon á Soult su lugarteniente en España.—Llega este mariscal á San Juan de Pié de Puerto.—Sus disposiciones y proclama.—Fin del reinado de José.—Sitio de San Sebastian.—Posicion de esta plaza.—Asalto infructuoso.—Cámbiase el sitio en bloqueo.—Proyectos del mariscal Soult.—Posiciones de los ejércitos.—Movimientos de los franceses.—Ataques en diversos puntos de la línea.—Retiranse los franceses.—Se estrecha el sitio de San Sebastian.—La asaltan los aliados.—La entran á viva fuerza.—Es incendiada por los anglo-portugueses.—Escandaloso saqueo y atrocidades que estos cometen.—Magnánima resolucion de los guipuzcoanos.—Cuarto ejército español.—Sus acantonamientos.—Batalla de San Marcial.—Atacan los aliados el castillo de San Sebastian.—Se rinde.—Cataluña.—Posiciones sobre las tropas aliadas.—Accion de Sadurn.—Levantán los aliados el sitio de Tarragona.—Evacuan los franceses esta plaza.—Entra en ella Sarsfield con su division.—Tercer ejército español en el Ebro.—Choque que sostiene.—Pasa á Navarra.—Deja su mando el duque del Parque y lo toma el principe de Anglona.—Suchet en el Llobregat.—Bentinck en Villafranca.—Combate en Ordal.—El Austria declara guerra á la Francia.



CUANDO engreido todavía Napoleon con los halagos que la fortuna le había prodigado en el discurso de su prodigiosa carrera, no queria aun persuadirse de que esta veleidosa deidad se disponia á darle el último á Dios, vino súbito á herir sus oídos la cruel noticia de la derrota de sus ejércitos en España, junto con la de la presencia de los aliados en la frontera de su imperio, dentro del cual se disponian estos á desplegar sus victoriosas banderas. Alarmado con tan terrible nueva, y persuadido, no sin razon hasta cierto punto, de que tales desgracias tenían origen en la impericia de su hermano José y del mariscal Jourdan, separólos inmediatamente del mando, nombrando para sucederles al mariscal Soult bajo el título de lugarteniente del emperador en España, determinacion que tomó en Dresde por decreto de 4.º de julio de 1813. El 12 del mismo mes llegó Soult á San Juan de Pié de Puerto y recibió de José, ó mas bien de su mayor general Jourdan, el mando del ejército que encontró abatido y desorganizado. Refundió, pues, en uno solo los que antes se apellidaban del norte, Portugal, mediodía y centro, denominando al formado ahora ejército de España, y distribuyéndolo en nueve divisiones, repartidas en tres grandes cuerpos, á saber: el de la derecha á las órdenes del conde Reille, el del centro á las del conde d' Erlon, y el de la izquierda á las del general Clausel. Compuso ademas una reserva que dirigia el general Villatte, junto con dos divisiones de caballería pesada conducidas por los generales Tilly y Treilhard, y otra ligera de la misma arma que regia el general Soult, hermano del mariscal.

Al encargarse este del mando en gefe, dió una proclama á las tropas, en la cual figuraban entre otras estas arrogantes palabras: « Culpa es de otros el estado actual del ejército: sea gloria nuestra el mejorarle.... He dado parte al emperador